

Ion Creangă

La historia de Moro-Blanco

*Traducido del rumano por
Mihaela Alda*

Dicen que había una vez en un país un rey que tenía tres hijos. Y ese rey tenía otro hermano mayor, que era emperador de otro país, más lejano. Y el emperador, hermano del rey, se llamaba Verde-emperador; el emperador Verde no tenía hijos, mas sólo hijas. Muchos años habían pasado sin que esos hermanos tuvieran ocasión de verse los dos. En cuanto a los primos, es decir los hijos del rey y las hijas del emperador, no se habían visto en su vida. Y así quiso el destino que ni el emperador conociera a sus sobrinos, ni el rey a sus sobrinas: porque el país donde imperaba el hermano mayor se encontraba en una orilla del mundo, y el reino del otro en otra orilla. Además, en esos tiempos, casi todos los países estaban asolados por terribles guerras, los caminos por tierra y agua eran poco conocidos y muy enmarañados y por eso no se podía viajar tan fácilmente y sin peligros como hoy día. En aquel entonces quien se marchaba a una parte del mundo a menudo se quedaba allí hasta su muerte.

Pero que no nos alejemos de lo nuestro y que comience a hilar la hebra del cuento.

Pues ahora, aquel emperador, ya viejo y cayendo en cama, escribió a su hermano el rey que le mandara sin retraso al más merecedor de los sobrinos para dejarlo emperador en su lugar, tras su muerte. El rey, recibiendo la carta, en seguida llamó a sus tres hijos delante de él y les dijo:

- Mirad qué me escribe mi hermano y vuestro tío. Aquel de vosotros que se sienta presto a imperar sobre un país tan grande y rico como ese, tiene mi beneplácito para marcharse, cumpliendo así la última voluntad de vuestro tío.

Entonces el hijo mayor se arma de valor y dice:

- Padre, yo creo que me pertenece a mí este honor, puesto que soy el mayor de mis hermanos; por eso te ruego que me des dinero para gastar, mudas, armas y corcel, y sin tardanza partiré.

- Muy bien, querido hijo, si confías en que podrás abrirte camino hasta allí y crees que serás capaz de gobernar a otros, elige un caballo de las cuadras, coge el dinero que te haga falta, las mudas que te plazcan, las armas que mejor te sirvan y ve en paz, hijo mío.

Entonces el hijo del rey coge su hatillo, besa la mano de su padre, recibiendo de éste carta para el emperador, dice adiós a sus hermanos y luego monta y parte con gran regocijo hacia el imperio.

Pero el rey, queriendo tentarlo, se queda calladito y, al anochecer, viste a escondidas una piel de oso, luego monta en su caballo, sale ante su hijo por otro camino y se mete debajo de un puente. Y cuando fue a pasar el hijo del rey por allí, mira que al cabo del puente le aguarda un oso gruñendo. Entonces el caballo del hijo de rey empieza a brincar y a bufar que casi tira a su amo. Y el hijo de rey, sin poder domeñar más el caballo y sin valor para seguir adelante, se torna avergonzado a casa de su padre. Antes de que él llegara, el rey ya había llegado por otro camino, había soltado el caballo, había escondido esa piel de oso y estaba ahora esperando que viniera su hijo. Y mira que lo ve viniendo deprisa, pero no tan deprisa como se había marchado.

- Mas ¿qué se te habrá olvidado, querido hijo, que volviste? dijo el rey con asombro. Esta no es buena señal, por lo que yo sepa.

- De olvidar, nada he olvidado, padre, pero mira que, llegando a un puente, me salió delante un oso fiero, que me metió el miedo en el cuerpo. Y a duras penas escapando de sus garras, encontré apropiado retornar a tu casa, mejor que ser presa de las bestias salvajes. Y de ahora en adelante, por mi parte que vaya quien quiera, porque a mí no me hace falta ni imperio, ni nada; no voy a vivir por siempre para heredar la tierra.

- Mal no te lo has pensado, querido hijo. Se ve que no estás tú para emperador, ni el imperio para ti; y antes que engatusar a la gente, mejor quédate tranquilo, como dices, que, gracias al Señor: “donde hay charca, ranas no faltan”. Sólo quería saber qué hacemos con tu tío. ¡Cómo nos joroba la cobardía!

- Padre, dijo entonces el hijo mediano, que vaya yo, si quieres.

- Tienes mi beneplácito, hijo mío, mas mucho me temo que a ti también se te cortaran los caminos. Quien sabe en qué mala hora te saldrá delante algún conejo, o algo... y ¡caray! te veo volver a casa igual que tu hermano, pues entonces de las guapas será tu vergüenza. Pero bueno, prueba tú también, a ver qué suerte tendrás. Como dicen: “Cada cual con el sudor de su frente se gana el pan”. Si triunfas, olé, y si no, a otros valientes igual les pasó...

El hijo mediano entonces, preparándose el hato y recibiendo él también de la mano de su padre carta para el emperador, se despide de sus hermanos y la mañana siguiente ya parte. Y camina, y camina hasta caer la noche cerrada. Y cuando fue a cruzar el puente, mira tú por dónde sale el oso: ¡groar, groar, groar! El caballo del hijo de rey empieza entonces a bufar, a brincar y a volverse atrás. Y el hijo del rey, viendo que las cosas no van en broma, se olvida del imperio y, azorado, torna él también a casa de su padre. El rey, como lo ve, le dice:

- Eh, querido hijo, ¿verdad que se cumplió lo que dicen: “De gallinas me protege, que al perro no le temo”?

- ¿Qué dicho es este, padre?! habló el hijo avergonzado; ¿para ti los osos son gallinas? Ahora sí creo a mi hermano, que un oso como aquel una hueste entera sería capaz de despedazar... Aún me sorprende que me haya salido con vida; basca me da el imperio y todo, pues, gracias a Dios, no me falta comida en tu casa.

- Comida ya veo yo bien que no te falta, de eso no hay duda, hijo mío, dijo el rey apenado, pero ahora decidme: ¿con la vergüenza qué hacéis? De los tres hijos que tengo, ¿qué ninguno sirva de nada?!

Entonces, a decir verdad, malgastáis la comida, queridos míos... Andar por allí en balde, toda la vida y alardear de ser hijos de rey, eso no es cosa de hombres... Por lo que veo, mi hermano se puede olvidar de vosotros; su deseo se cumplirá cuando las ranas críen pelo. ¡Vaya sobrinos que tiene! Como dicen:

Al puchero, yo primero,
Guerrear puede esperar.

El más joven de los hijos, poniéndose rojo como la amapola, sale fuera en el jardín y se echa a llorar de todo corazón, herido en lo más profundo del alma por las palabras desgarradoras de su padre. Y como estaba pensando y no se decidía que hacer para librarse de esa vergüenza, de repente ve ante sí una vieja corcovada por los años, que iba mendigando.

- Pero ¿por qué estás tan cabizbajo, noble príncipe? dijo la vieja; aparta la tristeza de tu corazón, pues la suerte te sonrío por todas partes y no tienes motivos por estar amargado. Mejor dale a esta vieja algo de limosna.

- Déjame, hermana, y no me molestes, dijo el hijo del rey; ahora tengo otras cosas en las que pensar.

- Hijo de rey, ¡que te viera emperador! Dile a esta vieja que te atormenta; tal vez pueda ayudarte en algo.

- ¿Sabes qué, hermana? No te lo diré más veces; déjame en paz, que se me viene el mundo encima de agobio.

- Noble príncipe, no me riñas, mas no tengas tanta prisa, que no se sabe de dónde te puede salir ayuda.

- ¿Por qué dices bobadas, hermana? ¿Te piensas que de alguien como tú espero yo ayuda?

- ¿Te parecerá raro una como esta? dijo la vieja. ¡Eh, noble príncipe! El Altísimo colma de su gracia a los desamparados; se ve que así le gusta a Su Santidad. No mires que estoy corcovada y harapienta, pues, por el poder que se me dio, sé de antemano qué tienen pensado labrar los poderosos de la tierra y a menudo me río a carcajadas de su torpeza y de su flaqueza. ¿Verdad que no te lo acabas de creer?, pero ¡Dios te guarde de la tentación! Que muchas cosas han visto mis ojos en tantos siglos que llevo a mis espaldas. ¡Ay, príncipe! créeme, que si tuvieras mi poder, te cruzarías los países y los mares, arrollarías la tierra, jugarías con este mundo entre tus dedos, y todo se haría según tu pensamiento. Pero, ¡mira qué dice la corcovada y la desamparada! ¡Perdóname, Señor, que no sé qué me salió de la boca! Noble príncipe, ¡dale algo a esta vieja!

El hijo del rey, embelesado por las palabras de la vieja, saca entonces un penique y dice:

- Toma, hermana, de mí poco y de Dios mucho.

- De lo que das, Dios misericordioso te devuelva, noble príncipe, y con muchos años te agracie, pues mucha suerte te está esperando. En poco tiempo llegarás emperador, sin igual en la faz de la tierra, así de querido, de honrado y de poderoso. Ahora, noble príncipe, para que veas lo mucho que te puede valer tu caridad, quédate quieto, mírame a los ojos y escucha con cuidado lo que te voy a decir: ve con tu padre y pídele que te dé el caballo, las armas y el traje que usó en su boda, y entonces podrás ir donde no pudieron ir tus hermanos; porque está escrito en las estrellas que a ti te pertenece este honor. Tu padre se opondrá y no querrá dejarte, pero tú sigue insistiendo en tu ruego, que lo doblegarás. La ropa de la que te estoy hablando es vieja y desgastada, las armas aherrumbradas, y el caballo lo podrás elegir dejando en el medio de las cuadras una bandeja llena de ascuas, y de todos los caballos, aquel que se acercara a comer, este te llevará hasta el imperio y te salvará de muchos peligros. ¡Recuerda mis palabras, que quizá nos volvamos a encontrar en algún rincón del mundo: que se junta monte con monte, y más aún hombre con hombre!

Y mientras estaba hablando esto, la ve envuelta como en un velo blanco, levantándose por los aires, después alzándose más y más hasta que la perdió de vista. El temor se apoderó del hijo de rey y se quedó pasmado por el pavor y el asombro, pero luego, volviendo en sí y armado de confianza en su éxito, se presenta delante de su padre diciendo:

- Permíteme ir tras mis hermanos, no por nada, sino por probar suerte. Y que lo logre o no, te prometo de antemano que, una vez salido de tu casa, no volveré, aunque fuera a encontrarme con la muerte en mi camino.

- Cosa sin pensar, querido hijo, acabo de escuchar de tu boca, dijo el rey. Tus hermanos han demostrado que no tienen pelo en pecho, y por su parte he perdido toda esperanza. Serás tú más valiente, aunque no lo veo. Pero si te empeñas en irte, yo no te voy a parar, aunque no me lo acabo de creer. Sin embargo, si quieres irte a toda costa, yo no te pararé, mas mucho me temo que te saldrá algún disgusto en tu camino y labrarás tu deshonra, pues entonces te lo digo claro que en mi casa no te quiero volver a ver.

- Sea como fuere, padre, el deber de un hombre es intentar. Me iré yo también a probar suerte y luego, ¡qué sea como Dios quiera! Sólo dame, por favor, el caballo, las armas y el traje que llevaste en tu boda, para que me pueda marchar.

Al escuchar aquello, el rey pareció disgustarse y, frunciendo el cejo, dijo:
- ¡Eh, eh! querido hijo, con tus palabras me recordaste ese refrán:

Mozo joven, penco viejo
Juntos nunca llegan lejos.

Mi caballo de aquel entonces, ¡quién sabe dónde se habrán podrido sus huesos! ¡Que no iba a vivir la edad de un hombre! Quien te metió eso en la cabeza, bien te la jugó... o como dicen: Estas buscando caballos muertos a quitarles las herraduras.

- Padre, poca cosa te pido. Ahora, que esté vivo el caballo o que no lo esté, asunto mío; sólo quería saber si me lo das o no.

- Por mi parte, que tuyo sea, querido hijo, mas no me aclaro de dónde lo vas a sacar si se le acabaron los años en este mundo.

- De esto no me quejo yo, padre, menos mal que me lo diste; que esté, que no esté, si lo encuentro, mío sea.

Y entonces, en seguida sube al altillo y baja de allí un cabestro, unas riendas, un látigo y una silla de montar, todos polvorientos, ajados y más viejos que la tierra. Luego saca de una cueva unas ropas muy viejas, un arco, unas flechas, un alfanje y una maza, todos cubiertos de herrumbre, y se pone a lustrarlos bien y los deja de un lado. Llena después una bandeja de ascuas, la lleva a las cuadras y la deja abajo entre los caballos. Y entonces, ¡toma ya!, de entre la yeguada sale un caballo jamelgo, de cruz seca y pelo enmarañado, tan flaco que se le podían contar las costillas; y encaminándose sin vacilar hacia la bandeja, coge un bocado de ascuas. El hijo del rey le pega entonces con las riendas en la cabeza diciendo:

- ¡Jamelgo mugroso que eres! de todos los caballos, ¿justo tú tenías que comer ascuas? si otra vez te traen tus pecados por aquí, ¡mala suerte te esperará!

Luego empieza a pasear los caballos para un lado y para otro, y ¡toma! que el rocín huesudo se apresura y coge otro bocado de ascuas. El hijo del rey le pega otra vez con las riendas a más no poder, y después vuelve a pasear los caballos de un lado a otro, a ver si viene otro caballo a comer ascuas. Pero mira que la tercera vez, el mismo jamelgo se presenta y empieza a comer ascuas hasta que las acaba. Entonces el hijo del rey, enojado, le vuelve a pegar, otra vez con todas sus fuerzas, luego le pone el cabestro y, colocándole las riendas, dice entre sí: “¿Qué me lo lleve o qué mejor lo suelte? Me da que seré la burla de todos. Con un caballo como este, mejor a pie”.

Y como estaba él pensando, que si llevárselo, que si dejarlo, el caballo se sacude tres veces y en seguida se le queda el pelo lustroso y se hace joven como un potro, que no había otro corcel más hermoso en toda la yeguada. Después, mirando en los ojos del hijo de rey, dice:

- ¡Monta en mí, amo, y agárrate bien!

El hijo del rey le pone el bocado, monta, y en seguida el caballo lo lleva volando hasta las nubes y luego vuelve a bajar como una flecha. Después otra vez lo lleva volando hasta la luna y lo baja más deprisa que el rayo. Y mira que la tercera vez lo lleva volando hasta el sol y, cuando toca tierra, le pregunta:

- Eh, amo, ¿qué te parece? ¿Has pensado alguna vez que tocarías: el sol a paso, la luna con el brazo y que buscarías en las nubes corona de querubes?

- ¿Qué me podría parecer, querido compadre? Vaya susto de muerte me diste cuando, perdiendo el tino, no sabía dónde me encontraba y casi me cuestas la vida.

- Así aturdido estuve yo, amo, cuando me pegaste con las riendas para perderme, y con esto quise pagarte los tres golpes. Como dicen: ojo por ojo. Ahora creo que me conoces de feo como de hermoso, de viejo como de joven, de flojo como de fuerte; por

eso volveré otra vez como me viste en las cuadras, y de ahora en adelante estoy presto a seguirte donde fuese que me mandes, amo. Sólo dime de antes ¿cómo llevarte: cómo el viento o cómo el pensamiento?

- De llevarme como el pensamiento, tú me perderás; mas de llevarme como el viento, tú me servirás, mi caballito, dijo el hijo del rey.

- Vale, amo. Ahora monta sin cuidado y ven que te lleve donde quieras.

El hijo del rey, montando, le atusa la crin y dice:

- ¡Arre, caballito mío!

Entonces el caballo vuela suave como el viento y cuando el viento amainó, a la corte del rey llegó.

- ¡Bienvenido a mi casa, valiente! dice el rey, como sin ánimo. ¿Pero éste es el caballo que elegiste?...

- Pues, bueno, padre, lo que me tocó en la rifa; tengo que cruzar muchos lugares y no quiero descollar sobremanera. Ya iré montando a ratos, como pueda.

Y diciendo esto, ensilla el caballo, cuelga las armas al arzón, coge viandas y dinero que no le falte, mudas en las alforjas y una bota de agua. Luego besa la mano de su padre, recibiendo de éste carta para el emperador, se despide de sus hermanos y sale el tercer día al anochecer, yendo al paso del caballo. Y camina, y camina hasta caer la noche cerrada. Cuando iba llegando al puente, mira que le sale delante el oso, gruñendo con fiereza. El caballo entonces arremete contra el oso, y el hijo del rey, levantando la maza para golpear, escucha una voz que le dice:

- Querido hijo, no me castigues, que soy yo.

Entonces el hijo del rey desmonta, y su padre, cogiéndolo en sus brazos, lo besa y le dice:

- Hijo mío, buen compañero has elegido; si alguien te enseñó, mucho bien te hizo, y si te lo pensaste tú, buena cabeza tuviste. A partir de ahora sigue adelante, que tú vales para emperador. Sólo recuerda el consejo que te doy: en tu camino te servirán tanto los malos, como los buenos, pero huye del hombre rojo, mas sobre todo del lampiño, todo lo que puedas; no te mezcles con ellos, que son muy escurridizos. Y en todo caso, el caballo, tu compadre, te aconsejará que hacer, ¡qué de muchos peligros me ha sacado a mí también en mi juventud! Toma ahora esta piel de oso, que te vendrá bien algún día.

Después, acariciando al caballo, lo abraza más veces a los dos y les dice:

- Id en paz, queridos míos. ¡De ahora en adelante, Dios sabe cuándo volveremos a vernos!...

Entonces el hijo del rey monta, y el caballo, sacudiéndose, se muestra otra vez joven, como le gustaba al rey, luego da un salto para atrás y otro adelante y se marchan a sus suertes, que Dios nos haga fuertes, que la historia se enreda, y de ella mucho queda. Y andan ellos un día, y andan nueve, y andan cuarenta y nueve, hasta que se les adentra el camino en el bosque y entonces de repente les sale delante un hombre lampiño y con osadía le dice al hijo de rey:

- ¡Bienvenida, valiente! ¿No te hace falta un escudero en tu viaje? Por estos sitios es difícil viajar solo, te podría salir delante alguna bestia y acortarte las veredas. Yo conozco bien estos lugares y quizá te haga falta uno como yo más adelante.

- Quizá me haga, o quizá no, dijo el hijo del rey, mirando al Lampiño a los ojos de hito en hito, pero por ahora me echaré a suerte, y luego, aguijando al caballo, partió.

Camina él otro rato por el bosque cuando, llegado a una cañada, otra vez le sale delante el Lampiño, cambiado de ropa, y le dice con voz aguda y desconocida:

- ¡Buen camino, peregrino!

- Bueno sea tu corazón, como tu catadura, dijo el hijo del rey.

- Mi corazón, que Dios se lo dé a cualquiera, dijo el Lampiño suspirando... ¿Mas para qué me sirve? Los hombres buenos no tienen suerte; esto se sabe; no te ofendas, te lo ruego, peregrino, pero ya que salió el tema, te digo como a un hermano, que desde mi temprana edad sirvo a los extraños, y no me arrepentiría si fuese algún holgazán, y no dado al trabajo como estoy. Pero así, siempre trabajando y de nada me sirve; que sólo me han salido amos míseros. Y como dicen: al mísero sirves, mísero quedas. Si encontrase un amo a mi gusto, haría todo lo posible por tenerlo contento. ¿No te hace falta un escudero, señor? Por lo que veo, pareces de buen caudal. ¿Por qué tacañas y no te coges un escudero honesto, que te sirva de ayuda en tu camino? Estos sitios son engañosos; nunca se sabe que te puede ocurrir y, Dios te guarde, a lo mejor no te apañas solo.

- Pues, por ahora, todavía no, dijo el hijo del rey empuñando la maza; me valdré por mí mismo, como pueda, y aguijando otra vez al caballo, se marcha deprisa.

Prosiguiendo él adelante a través de los bosques cerrados, llega a un sitio donde se le corta el camino y se le enredan los senderos, que no sabía ya por dónde coger ni qué senda tomar.

- ¡Vaya, por Dios! ¡mira ahora en qué lío me he metido! Esto es peor que ¡come si traes manduca!, dijo él. Ni aldea, ni pueblo, ni nada. Cuanto más camines, sólo yerros encuentras; como si hubieran perecido los hijos del hombre de la faz de la tierra. Mucho me arrepiento de no haberme llevado conmigo por lo menos al segundo lampiño. De haber salido a su madre, ¿qué culpa tiene él? Mi padre así me advirtió, pero a gran estrechez, ¿qué puede hacer uno? como dicen: Mejor poca ayuda que ninguna.

Y errando así de una senda a otra, por un camino desierto le vuelve a salir delante el Lampiño, vestido de otra forma y montando un caballo hermoso, y, con voz cambiada, empieza a lamentar la suerte del hijo del rey diciendo:

- ¡Pobre hombre, mal camino has cogido! Se ve que eres forastero y no conoces estos lugares. Tuviste mucha suerte que diste conmigo y no llegaste a bajar ese repecho, que hubieras estado perdido. Mira, allí abajo, en aquel cañón, un toro feroz a muchos malaventurados les ha acertado los días. Yo mismo, el otro día, así fuerte como me ves, a duras penas me libré de él, de milagro. Date la vuelta, o, si tienes que seguir a la fuerza, búscate a alguien que te ayude. Yo aun me ofrecería, si fuese de tu agrado.

- Así debería obrar, buen hombre, dijo el hijo del rey, pero te diré la verdad que saliéndome de casa, mi padre me aconsejó que me guardase del hombre rojo, mas sobre todo del lampiño, todo lo que pueda; que no me mezclara con ellos de ninguna forma; y si no fueras lampiño, te recibiría con alegría.

- ¡Eh, eh!, peregrino. Si eso piensas, te romperás los arzones cabalgando sin encontrar un escudero a tu gusto, que por aquí sólo hay lampiños. Y luego, a decir verdad, te pregunto: ¿por qué te molestaría tal cosa? Tal vez no sepas lo que dicen: el pelo y la pobreza nadie los echa en falta. Y cuando no hay ojos negros, ¡buenos son los azules! Lo mismo tú: da gracias a Dios por haberme encontrado y cógeme. Luego si llegas a acostumbrarte a mí, ya sé que no volverás a dejarme, que yo soy así, entiendo servir a mi amo con honradez. Venga, no te lo pienses más, o me da que se nos viene la noche encima. Si por lo menos tuvieras un buen caballo, vale que valga, pero con este jamelgo, miedo me das.

- Pues bueno, Lampiño, no sé cómo hacer, dijo el hijo del rey. Desde mi infancia tengo por costumbre obedecer a mi padre, y si te cojo a ti, me parece algo raro. Pero, visto que me encontré hasta ahora otros dos lampiños, y tú tercero, casi se me da por creer que este es el país de los lampiños y no tengo más remedio; cueste lo que cueste, tendré que llevarte conmigo, si aseguras conocer estos lugares.

Y, sin mucha habladuría, cierran el trato y luego se marchan juntos a encontrar una salida, por donde los guiaba el Lampiño. Y cuando ya habían recorrido parte del camino, el Lampiño finge tener sed y le pide a su amo la bota de agua para beber. El hijo del rey se la da, y el Lampiño, nada más tocarla, enseguida la aparta de la boca, con mueca de disgusto, y vierte toda el agua. El hijo del rey dice entonces enfadado:

- Pero, bueno, Lampiño, ¿qué te pasa? ¿No ves qué por aquí hay escasez de agua? Y con este bochorno nos moriremos de sed.

- ¡No me lo tomes a mal, amo! El agua estaba podrida y podíamos caer enfermos. En cuanto al agua fresca, ve sin cuidado; dentro de nada llegaremos a un pozo con agua dulce y fría como el hielo. Allí descansaremos un rato, enjuagaré bien la bota y la llenaré de agua fresca, para llevarla de camino, que de aquí en adelante no habrá muchos pozos, y me temo que echaremos en falta el agua.

Y girando por un sendero, siguen adelante un tiempo, hasta llegar a un claro donde se encuentran un pozo con brocal de roble y con la tapa abierta de par en par. El pozo era hondo y no tenía ni garrucha, ni cigüeña, sino sólo una escalera para bajar hasta el agua.

- ¡Eh, eh! Lampiño, ahora se verá lo valiente que eres, dijo el hijo del rey.

Entonces el Lampiño sonríe en sí y, bajando por el pozo, llena primero la bota y la cuelga a la cintura. Después, estando allí abajo en la escalera, cerca de la faz del agua, dice:

- ¡Vaya qué fresco se está aquí! “¡Agua fresquita, todo mal te quita!” Me da por quedarme aquí. Dios guarde en su gloria a aquel que hizo el pozo, que menuda hazaña. Con estos calores, ¡mucho vale refrescarse uno!

Se queda allí otro rato, luego sale asuso diciendo:

- Por Dios, amo, no sabes lo ligero que me encuentro; ¡podría volar, de verdad te lo digo! Métete un rato tú mismo y verás cómo te refrescas; así de a gusto te quedarás que te sentirás más ligero que una pluma...

El hijo del rey, ayuno en estas cosas, le hace caso al Lampiño y baja al pozo, sin pensar en lo que le podría ocurrir. Y mientras estaba él allí tomando el fresco, el Lampiño hace ¡zas! la tapa en la boca del pozo, luego se sube encima y dice con voz pícara:

- ¡Ja! hijo de zorro que eres; nadie puede huir de lo que le ha de venir. ¡Bien que te he agarrado! Ahora dime quién eres, de dónde vienes y adónde vas, que si no, ¡allí se pudrirán tus huesos!

El hijo del rey, ¿qué iba a hacer? Se lo cuenta por menudo, que todo hombre ama su vida por encima de cualquier cosa.

- Vale, esto quería saber de ti, traidor que me fuiste, dice entonces el Lampiño: sólo espero que sea verdad, que si te pilló con artimañas, mal de ti. Ahora mismo podría matarte, mas me da lástima tu juventud... Si quieres volver a ver la luz del sol y a pisar la hierba tierna, tendrás que jurar en el filo de tu espada que me obedecerás y me servirás en todo, aunque te pidiera arrojarte al fuego. Y, de hoy en adelante, yo seré el sobrino del emperador en tu lugar, y tú - mi criado; y me tendrás que servir hasta que mueras y resucites. Y por donde vayas conmigo, a nadie le podrás contar lo que pasó entre nosotros, que si no, te borro de la faz de la tierra. Si te gusta vivir así, por mí vale; pero si no, dímelo ya, para saber qué trato darte...

El hijo del rey, viéndose entre la espada y la pared y sin ningún poder, le jura entonces lealtad y obediencia en todo, dejándose en manos de Dios, que se haga su voluntad. Por lo tanto, el Lampiño se apodera de la carta, del dinero y de las armas del hijo de rey y se los guarda; luego lo saca del pozo, le da el alfanje para besarlo prestando juramento, y le dice:

- De hoy en adelante, que sepas que te llamarás Moro-Blanco; este es tu nombre y no otro.

Montan después, cada uno en su caballo, y parten, el Lampiño delante como amo, Moro-Blanco detrás como criado, caminando hacia el imperio, y se marchan a sus suertes, que Dios nos haga fuertes, que la historia se enreda, y de ella mucho queda.

Y caminan, y caminan, larga senda, sin soltar rienda, tierras nueve, nueve mares y otros nueve tablares, hasta que al fin llegan al imperio.

Nada más llegar, el Lampiño se presenta delante del emperador con la carta del rey. Y el emperador, al leer la carta, salta de alegría que le vino el sobrino, y en seguida lo da a conocer ante la corte y ante sus hijas, quienes lo reciben con todos los honores propios de un hijo de rey y heredero del emperador.

El Lampiño entonces, viendo que los había engañado, llama a Moro-Blanco y le dice con dureza:

- Tú no te muevas de las cuabras y cuida bien de mi caballo, que si paso por allí y no me gusta lo que veo, te arrepentirás. Por ahora, toma un tortazo, para que no se te olvide lo que te dije. ¿Te has enterado?

- Si, amo, dijo Moro-Blanco bajando la mirada.

Luego sale y va a las cuabras. Con esto quiso el Lampiño mostrar su poder y hacer que Moro-Blanco le tema aún más.

Las hijas del emperador, que estaban presentes cuando el Lampiño abofeteó a Moro-Blanco, sintieron pena por éste y le dijeron al Lampiño con ternura:

- Primo, lo que haces no está bien. Si por la voluntad de Dios gobernamos sobre otros, deberíamos mostrarnos misericordiosos con ellos, que los pobres también son nuestros hermanos.

- Eh, queridas primas, dijo el Lampiño con su habitual picardía; vosotras todavía no sabéis como van las cosas en este mundo. Si no domásemos a las bestias, hace tiempo nos habrían degollado. Y debéis saber que muchos de los humanos son bestias que hay que sujetar bien si quieres sacarles algún provecho.

Que luego... ¡al barranco el mundo! Dios nos guarde de los pobres atrevidos. Como dicen:

Deme Dios que ni pensé
Y luego me quejaré.

Entonces las doncellas cambiaron de asunto, pero en su corazón quedó grabada la mala conducta del Lampiño, a pesar de ser pariente suyo, porque la bondad y la maldad nunca se aúnan. Como dicen:

Las cepas en el viñedo real
Y los juncos en el pantanal.

Y desde ese día empezaron a hablar entre ellas, que el Lampiño no ha salido nada a su estirpe, ni de rostro, ni de bondad; mientras que Moro-Blanco, su escudero, tiene un porte más agradable y parece ser mucho más misericordioso. Tal vez les decía el corazón que el Lampiño no era su primo, y por eso no lo podían tragar. Tanto llegaron a odiarlo, que si fuese por ellas, habrían echado al Lampiño como a Pedro Botero. Pero no podían hacer nada por no disgustar al emperador.

Ahora, un día, como estaba el Lampiño en un banquete con su tío, sus primas y más gente, todos cuantos se encontraban por allí, les sirvieron al final unas lechugas maravillosas. Entonces el emperador le dice al Lampiño:

- Sobrino, ¿has comido alguna vez en tu vida lechugas como estas?

- No, tío, justo te iba preguntar de dónde las tienes, ¡qué están muy ricas!... Un carro entero me podría comer y no me cansaría.

- Te cree el tío, sobrino, pero ¡si supieras con cuánta dificultad se consiguen! porque sólo en la Huerta del Oso, si habrás oído hablándose de ella, se encuentran lechugas de estas, y no hay muchos hombres que consigan cogerlas y luego salirse con vida. Entre todos los hombres de mi imperio, un solo guardabosque se atreve a hacerlo. Y aquel, él sabrá cómo se las arregla y me trae, de vez en cuando, unas pocas para probarlas.

El Lampiño, pensando librarse de Moro-Blanco como sea, le dice al emperador:

- Por Dios, tío, si no me trajera mi criado lechugas de estas de donde sea, ¡mucho me sorprendería!

- Pero ¿qué hablas, sobrino? dijo el emperador; uno como él, forastero por estos lugares, ¿cómo piensas que podría hacer semejante hazaña? Tal vez quieras acabar con su vida.

- Déjalo, tío, y no te preocupes por él; apuesto que me traerá lechugas como estas, y muchas, que ya me lo conozco yo.

En seguida llama el Lampiño a Moro-Blanco y le dice con dureza:

- Ve ahora mismo como puedas y tráeme lechugas de estas de la Huerta del Oso. Anda, sal deprisa y márchate, que no hay tiempo que perder. ¡Y no pienses escaquearte, que ni en agujero de rata te librarás de mí!

Moro-Blanco sale abatido, se va a las cuadras y empieza a atusar a su caballo, diciendo:

- Eh, mi caballito, ¡si supieras en que lío me he metido! ¡Dios bendiga a mi padre, que bien me enseñó! ¿Ves cómo, por haberle faltado, acabé criado de bellaco y ahora, quiera o no, tengo que obedecer, porque está en peligro mi cabeza?

- Amo, dijo entonces el caballo; de ahora en adelante, hagas lo que hagas, lo mismo da: sé un hombre y levanta el ánimo. ¡Monta a mi lomo y vámonos! Sé yo donde llevarte y, ¡alabado sea Dios, nos sacará él de esto!

Moro-Blanco, cogiendo un poco de coraje, monta y se deja en manos del caballo, donde quiera que lo lleve.

Entonces el caballo sale a paso, hasta que los pierden de vista. Luego muestra sus poderes, diciendo:

- Agárrate bien a mí, amo, que volaré suave como el viento, cruzando el firmamento. Grande es Dios y maestro el diablo. ¡Tranquilo! ya le haremos morder el polvo a ese Lampiño, a tiempo estamos.

Y en un santiamén se alza el caballo con Moro-Blanco hasta las nubes, luego cogen camino a través de la tierra: sobre los bosques volando, cimas de montes cruzando, y sobre el mar llegando, hasta que bajan despacito sobre un hermoso islote en medio del mar, cerca de una casita aislada, cubierta por una capa de musgo de un palmo de alta, más suave que la seda y más verde que una rana de San Antonio.

Entonces Moro-Blanco desmonta y se queda asombrado cuando ve que lo recibe en el umbral de la puerta la mendiga a la que le había dado un penique antes de salir de casa.

- Eh, Moro-Blanco, ¿verdad que se cumplió mi dicho, que se junta monte con monte, y más aún hombre con hombre? Ahora debes saber que yo soy Santa Dominga y sé que aprieto te llevó hasta mi casa. El Lampiño quiere tu cabeza pase lo que pase, y por eso te mandó a traerle lechugas de la Huerta del Oso, pero algún día se le acabará lo bueno... Quédate aquí esta noche y ya veré yo qué habrá que hacer.

Moro-Blanco se queda de buena gana, dándole las gracias a Santa Dominga por su hospitalidad y por el miramiento que le muestra.

- No yo, sino el poder de la caridad y tu buen corazón te ayudan, créeme, Moro-Blanco, dice Santa Dominga y sale dejando que se apacigüe.

Y nada más salir Santa Dominga empieza a caminar descalza por el rocío y coge un regazo de comino campestre que hierve en un balde de leche dulce y otro de miel, luego coge esa aguamiel y la lleva deprisa a verterla en el pozo de la Huerta del Oso, pozo que estaba lleno hasta arriba de agua. Y estando allí Santa Dominga otro rato cerca del pozo, mira por dónde viene el oso hecho una furia y gruñendo feroz. Y llegando al pozo, en seguida empieza a beber con anhelo y a chuparse los labios de la dulzura y el saborcillo del agua. Luego para de beber y empieza a gruñir de nuevo; y otra vez bebe un rato, y vuelve a gruñir, hasta que, al poco tiempo, empieza a flaquear y preso del cansancio, cae al suelo y se queda dormido como un tronco.

Entonces Santa Dominga, cuando lo ve así, en seguida se va y, despertando a Moro-Blanco en medio de la noche, le dice:

- Viste deprisa esa piel de oso que tienes de tu padre, coge este camino delante y cuando llegues al cruce darás con la Huerta del Oso. Entonces salta dentro sin tardar y llévate lechugas las que quieras y cuantas quieras, porque al oso lo apañé yo. Pero si acaso ves que se despierta y arremete contra ti, tírale la piel de oso y sal corriendo hacia mí lo más rápido que puedas.

Moro-Blanco hace como le dice Santa Dominga. Y nada más llegar a la Huerta del Oso, empieza a arrancar lechugas a su gusto hasta que junta un haz grande a no poder levantarlo. Y cuando fue a salir con él de la huerta, se despierta el oso y ¡a correr que se acaba el mundo! Viendo Moro-Blanco que la cosa se pone fea, le arroja la piel de oso, luego corre todo lo que puede llevando el haz a cuestas, hacia Santa Dominga y así sale a salvo.

Después, dándole las gracias a Santa Dominga por toda su ayuda, le besa la mano, recoge las lechugas, monta y parte hacia el imperio, marchándose a su suerte, que Dios nos haga fuertes, que la historia se enreda y de ella mucho queda.

Y deshaciendo el camino andado, llegó al imperio y le entregó las lechugas al Lampiño.

El emperador y las doncellas, viendo tal cosa, mucho se sorprendieron.

- Eh, tío, ¿qué me dices ahora?

- ¿Qué te voy a decir, sobrino? Mira, si tuviera yo un criado como éste, en gran honor lo tendría.

- Pues, ¿por qué crees que me lo dio mi padre cuando salí de casa, si no por su virtud? dijo el Lampiño; de no ser así no me lo llevaba, sólo para molestarme.

Unos días después, el emperador le enseña al Lampiño unas piedras preciosas, diciendo:

- Sobrino, ¿has visto alguna vez en tu vida gemas tan grandes y hermosas como éstas?

- He visto, tío, muchas piedras preciosas, pero como éstas, la verdad te digo, nunca he visto. ¿Por dónde podrían encontrarse semejantes piedras?

- ¡Por dónde encontrarlas, sobrino! Mira, en el Bosque del Ciervo. Y ese ciervo está todo entero incrustado con piedras preciosas, mucho más grandes y más hermosas que éstas. Primero, dicen que lleva una en la frente, brillando como el sol. Pero nadie se le puede acercar al ciervo, que está hechizado y ninguna clase de arma lo puede atrapar; él, en cambio, a quien ojea, se le acaba la vida. Por eso la gente huye de él como alma que lleva el diablo; y no sólo esto, sino con nada más mirar a alguien, sea hombre o cualquier bestia, queda muerta en el momento. Dicen que multitud de hombres y alimañas yacen sin vida en su bosque por esta causa: se ve que está hechizado, echa mal

de ojo, o sabe Belcebú cómo hace por tener tanto peligro. Aún así, sobrino, debes saber que hay algunos hombres más traviosos que el propio diablo; no se están quietos ni atados; pese a que les haya pasado de cada cosa, todavía tientan por su bosque a ver si lo pueden pillar de alguna forma. Y aquel que tiene mucho valor y aun más suerte, vagando por allí encuentra acaso una piedra caída del ciervo, cuando se sacude, una vez cada siete años, y luego ese hombre hace buen negocio. Me trae la piedra y se la pago más de lo que vale; incluso estoy contento de poder conseguirla. Porque, ves tú, sobrino, piedras como éstas hacen el orgullo de mi imperio, no hay otras más grandes y más hermosas en ningún otro imperio, y por eso se les conoce en el mundo entero. Muchos emperadores y reyes vienen adrede para verlas, y me preguntan de dónde las tengo.

- ¡Por Dios, tío! dijo entonces el Lampiño; no te enfades, pero no sé qué estirpe de cobardes tenéis por aquí. Me apuesto lo que quieras que mi criado me traerá la piel de ese ciervo, con cabeza y todo, así incrustadas con piedras preciosas como estén.

Y enseguida llama el Lampiño a Moro-Blanco y le dice:

- Vete al Bosque del Ciervo como sepas, y hagas lo que hagas, tráeme sin falta la piel del ciervo, con cabeza y todo, así incrustadas con piedras preciosas como las encuentres. Pero que no te tiente el diablo a mover alguna piedra de su sitio, sobre todo la grande de la frente del ciervo, ¡qué te vas a enterar! ¡Anda, sal deprisa, que no hay tiempo que perder!

Moro-Blanco se da cuenta adónde iban a parar las cosas, que no tenía la cabeza dura; pero no tiene más remedio. Sale abatido, se va de nuevo a las cuadras a ver a su caballo y, atusándole la crin, le dice:

- Mi querido caballito, ¡en gran apuro me metió otra vez el Lampiño!... Si salgo con vida de esto, será porque no se me han acabado todavía los días. Pero ¡no sé yo cuánto me durará la suerte!

- No pasa nada, amo, dijo el caballo. Que estés tú sano, que luego las penas vienen solas. No te habrá mandado a desollar la piedra del molino y a traerle la piel al emperador...

- No, mi caballito; otra peor, dijo Moro-Blanco.

- No puede ser, amo; de alguna forma saldremos de esto, dijo el caballo. No tengas miedo, que las artimañas del Lampiño me las conozco yo; si hubiese querido, hace tiempo que ya le habría pagado su merecido, pero todavía lo dejo jinetear su caballo. ¿Qué te piensas? Este mundo también les saca provecho a unos como él, porque hacen que la gente entre en razón... Tendrás que pagar algún pecado ancestral. Como dicen: "Lo que los padres hagan, los hijos pagan". Vamos, no tardes más; monta a mi lomo y pon tu confianza en Dios, que Su poder es grande; no nos dejará sufrir mucho más tiempo. Como quieras: "Cada cual su suerte la lleva escrita en la frente" ¡Qué el Altísimo es grande! Todo esto se acabará algún día...

Entonces Moro-Blanco monta, y el caballo sale a paso, hasta que los pierden de vista. Luego, estirándose y sacudiéndose de una vez con fuerza, muestra de nuevo sus poderes, diciendo:

- Agárrate bien, amo, que vamos a ir:

Hasta el cielo alto,
La bóveda de cobalto,
Sobre los bosques volando,
Cimas de montes cruzando,
Por las nieblas a pasar
Sobre las aguas del mar,
A la reina de las hadas

Maravilla alabada,
De la isla encantada.

Y diciendo esto, en seguida lleva a Moro-Blanco

Hasta el cielo alto,
La bóveda de cobalto;

luego coge camino:

De la nube al sol brillante,
Entre luna y luceros,
Estrellas de diamante.

y baja suave como el viento:

En la isla encantada,
A la reina de las hadas,
Maravilla alabada.

Y cuando el viento amainó, a Santa Dominga llegó. Santa Dominga estaba en su casa y, nada más ver a Moro-Blanco, salió a recibirlo y le dijo con dulzura:

- Eh, Moro-Blanco, ¿verdad que otra vez te hago falta?

- Así es, hermana, respondió Moro-Blanco, ensimismado y con menos color en la cara que un muerto. El Lampiño quiere mi cabeza pase lo que pase. Si sólo me muriese ya, por no sufrir más: la muerte es mil veces mejor que una vida así.

- ¡Ay! ¿Pero qué dices, Moro-Blanco?, dijo Santa Dominga; no pensaba yo que fueses tan medroso, pero por lo que veo ¡eres más temeroso que una mujer! ¡Anda, no te pongas como un perro faldero! Quédate en mi casa esta noche y yo te ayudaré. ¡Dios es grande! No siempre será como piense el Lampiño. Pero tú aguanta, hijo mío, que mucho tuviste que aguantar y poco te queda. Hasta ahora lo pasaste mal, pero de ahora en adelante igual lo pasarás, hasta que te libres del yugo del Lampiño, que te traerá todavía muchos disgustos, mas de todos saldrás sano y salvo, porque la suerte está de tu parte.

- Quizás así sea, hermana, dijo Moro-Blanco, pero demasiadas cosas me vienen encima de una vez.

- Las que Dios quiera, Moro-Blanco, dijo Santa Dominga; así tiene que ser, y no puedes culpar a nadie: porque no es como uno quiere, sino como Dios manda. Cuando llegues a ser rico y poderoso, probarás juzgar las cosas con esmero y crearás a los oprimidos y desamparados, porque ahora sabes que es la amargura. Pero hasta entonces, aguanta, Moro-Blanco, que tu paciencia lo vencerá.

Quedándose sin palabras, Moro-Blanco da gracias a Dios, por lo bueno y por lo malo, y a Santa Dominga por su hospitalidad y por la ayuda prometida.

- ¡Mira, ahora estás entrando en razón, hijo mío! Diga lo que diga quien quiera, cuando has de pasar por un apuro, si lo tienes delante, te apresuras a cogerlo, y si lo tienes atrás, te paras y lo esperas. ¿A qué tanta cháchara? así es el mundo y, hagas lo que hagas, así se quedará; no le puedes dar la vuelta, por mucho que te empeñes. Como dicen: “Es ilusión fementida, un mundo a nuestra medida”. Pero dejemos todo esto de lado y, por ahora, veamos que hay que hacer con el ciervo, que el Lampiño te estará esperando con impaciencia. ¿Y no es él tu señor? tienes que obedecerlo. Como dicen: “Ata el caballo donde dice el amo”.

Y de repente saca Santa Dominga el yelmo y la espada del Duende-Barbudo-del-Bosque, de donde ella sabía, y dándose los a Moro-Blanco, le dice:

- Toma éstos, que te harán mucha falta allí donde vamos. Y marchémonos, con la ayuda de Dios, a acabar ya esta labor.

Y al primer gallo sale Santa Dominga con Moro-Blanco y se van al Bosque del Ciervo. Nada más llegar, cavan un hoyo hondo de la estatura de un hombre, cerca de un hontanar, donde el ciervo venía cada tarde a beber agua, y luego se tumbaba allí mismo y dormía como un bendito hasta el anochecer. Luego, levantándose, se marchaba a lo suyo y ya no volvía al hontanar hasta el día después por la tarde.

- ¡Eh, eh! el hoyo ya está preparado, dijo Santa Dominga. Tú, Moro-Blanco, quédate aquí dentro todo el día, y mira qué has de hacer: ponte el yelmo como se pone, y no sueltes la espada de la mano; y al mediodía, cuando venga el ciervo aquí al hontanar a beber agua, luego a tumbarse y a dormir, con los ojos abiertos, como es su costumbre, en cuanto lo oigas roncar, sal despacito y arréglatelas para cortarle la cabeza de un solo golpe de espada, luego tírate deprisa al hoyo y quédate allí dentro hasta después del anochecer. Hasta entonces la cabeza del ciervo te llamará por tu nombre, para verte, pero tú no flojees ante su ruego y no saques la cabeza, porque tiene un ojo envenenado y cuando te clava la mirada, se te acabó la vida. Pero, en cuanto se ponga el sol, que sepas que el ciervo ha muerto. Entonces sal sin miedo a desollarlo, la cabeza llévatela entera, tal como está, y luego ven a verme.

Así, Santa Dominga se marcha y vuelve sola a casa. Cuanto a Moro-Blanco, él se queda en el hoyo al acecho. Y sobre el mediodía, mira que escucha Moro-Blanco un mugido ronco: el ciervo venía bramando. Y llegando al hontanar, en seguida empieza a beber sediento del agua fresca; luego brama otro rato y vuelve a beber, y otra vez brama, y bebe otro rato, hasta que no puede más. Después empieza a tirarse polvo por encima de la cabeza, como los toros, y luego, escarbando tres veces en la tierra con la pezuña, se echa abajo en la pradera, allí mismo, rumia lo que rumia, y pronto coge el sueño y empieza a roncar como él mismo.

Moro-Blanco, como lo oye gruñir, sale fuera despacito y de un solo golpe de espada en el medio del cuello le vuela la cabeza a tres pasos del cuerpo; luego Moro-Blanco se tira sin pensar al hoyo, como le había aconsejado Santa Dominga. Entonces la sangre del ciervo empieza a correr a chorros y a esparcirse por todo sitio, dirigiéndose hacia el hoyo y cayéndole encima que casi ahoga a Moro-Blanco. Mientras, la cabeza del ciervo se retorció con dolor y gritaba desconsolada, diciendo:

- ¡Moro-Blanco, Moro-Blanco! Conozco tu nombre, mas nunca te he visto. Sal un tris a que te vea, ¿digno eres del tesoro que te dejo?, para que pueda morir en paz, querido mío.

Pero Moro-Blanco se quedaba callado y a duras penas podía arrancarse las piernas de la sangre cuajada que casi llenaba el hoyo. En fin, la cabeza del ciervo grita lo que grita, pero Moro-Blanco ni contesta, ni se muestra, y al cabo de un tiempo se hace silencio. Así, después del anochecer, Moro-Blanco sale del hoyo, desuella la piel del ciervo con cuidado, por no mover ninguna piedra de su sitio, luego coge la cabeza así entera, como estaba, y se marcha a ver a Santa Dominga.

- ¡Eh, Moro-Blanco!, dijo Santa Dominga, ¿verdad que otra vez más salimos bien parados?

- Verdad, con la ayuda de Dios de tu Santidad, contestó Moro-Blanco, conseguimos, hermana, cumplir otra vez el deseo del Lampiño, ¡ojalá lo perdiera por el camino y volviera a verlo cuando las ranas críen pelo; y ni entonces, que lo aborrezco de muerte!

- Déjalo en manos de Dios, Moro-Blanco, que algún día le dará su merecido; donde las dan las toman, dijo Santa Dominga. Ve y llévale esto, que algún día lo dejará todo atrás.

Moro-Blanco le da entonces las gracias a Santa Dominga, le besa la mano, luego monta en su caballo y saliendo hacia el imperio se marcha a su suerte, que Dios nos haga fuertes, que la historia se enreda y de ella mucho queda... Y por donde pasaba, gente de todos los rincones lo rodeaba: porque la gran piedra de la cabeza del ciervo brillaba que parecía que Moro-Blanco llevase consigo el sol mismo.

Muchos reyes y emperadores salían a esperar a Moro-Blanco, y le ofrecían: uno, dinero todo lo que quisiera, otro, a su hija y la mitad de su imperio; otro a su hija y el imperio entero a cambio de semejantes tesoros. Pero Moro-Blanco huía de ellos como del fuego y, siguiendo su camino, los llevaba a su amo.

Una tarde, como estaba el Lampiño con su tío y con sus primas arriba en un mirador, mira por dónde vislumbran de lejos un haz de rayos brillantes, que avanzaba hacia ellos; y cuanto más se les acercaba, más brillaba, que los deslumbraba. Y de repente, todo el mundo empezó a moverse: multitud de gente, presa del desconcierto, corría a ver qué maravilla podía ser ésta. Y luego, ¿quién era? Moro-Blanco que venía al paso del caballo, llevando consigo la piel y la cabeza del ciervo que después entregó en las manos del Lampiño.

Viendo esta maravilla, todos se quedaron de piedra y, mirándose los unos a los otros, no sabían que decir. ¡Que de verdad era una cosa asombrosa!

Pero el Lampiño, con su habitual astucia, no pierde la calma. Y, tomando la palabra, le dice al emperador:

- Eh, tío, ¿qué me dices ahora? ¿se han cumplido mis palabras?

- ¿Qué te voy a decir, sobrino? respondió el emperador asombrado. Mira, si yo tuviera un criado así de valiente y de fiel como Moro-Blanco, lo pondría a mi mesa, ¡que este hombre vale mucho!

- ¡Que espere sentado! respondió el Lampiño con voz maliciosa. Esto yo no lo haría ni si fuera el doble de lo que es; ¡que no será hermano de mi madre para sentarlo en cabecera de la mesa! Por lo que yo sepa, tío, el criado es criado y el amo es amo; y no hay más. ¡Vaya, vaya! que por su valentía me lo dio mi padre, o si no, por qué me lo habría llevado. ¡Ea! ¡No sabéis vosotros que bribón es este Moro-Blanco! Hasta que lo llevé por el buen camino, allí me dejé la piel. Sólo yo puedo con él. Como dicen: “El miedo guarda la viña”. Otro amo en mi lugar no sacaría nada de Moro-Blanco, de aquí al fin del mundo. ¿Por qué eres tan blando, tío? Por lo que veo, les consientes demasiado a tus súbditos. Por eso no te dan los ciervos piedras preciosas y los osos lechugas. A mí ya sé que no me pasa nadie por delante: que si el gato tiene antojos, yo lo tiro del rabo hasta que coma manzanas de maíllo, que no le queda otra... Si te ayudase Dios a ungirme más pronto en tu lugar, ya verás, querido tío, como cambiará la cara del imperio; no seguirán las cosas así muertas como están. Porque sabes lo que se dice: “¡A tal señor, tal honor!” Habrás sido tú también en tu juventud, no digo. Pero ahora, ya ves. ¡A la vejez, aladares de pez! ¿Cómo no iba a quedarse la casa sin barrer?

En fin, tanto le dio el Lampiño a la lengua que mareó al emperador hasta que se olvidó de Moro-Blanco, del ciervo y de todo.

Pero las hijas del emperador miraban al primo... como el perro al gato, y tanto lo querían que no lo podían ver ni pitado: porque les decía el corazón que clase de hombre sin ley era el Lampiño. ¿Pero cómo iban ellas a enfrentarse a su padre? El Lampiño estaba a sus anchas... Como dicen: “Ni tengo padre, ni madre, ni perro que me ladre”. ¿Qué otra cosa os podría decir?

A unos días de todo esto, el emperador dio un gran banquete en honor a su sobrino, e invitó al banquete a los huéspedes más soberbios: emperadores, reyes, príncipes, capitanes de huestes, alcaides de las ciudades y otros grandes del país.

El día del banquete, las hijas del rey se pusieron a rogar al Lampiño por todos los santos que dejara a Moro-Blanco servir en la mesa. Como no las quería agraviar, el Lampiño llamó a Moro-Blanco delante de ellas y se lo asintió, pero siempre que, durante el banquete, se quedara detrás de su amo y ni siquiera levantara la mirada a los demás huéspedes, “que si lo pilló desobedeciendo, allí en el acto le corto la cabeza”.

- Oíste lo que te dije, servo ruin, dijo el Lampiño, enseñándole a Moro-Blanco el filo del alfanje en el que éste le había jurado fieltad y sumisión al Lampiño al salir del pozo.

- Sí, amo, contestó Moro-Blanco con humildad; estoy aquí para servir a tu alteza. Las hijas del rey agradecieron al Lampiño este poquito.

Ahora, justo en medio del banquete, cuando los huéspedes, de tanto catar el vino, habían empezado a achisparse un poco, mira que se ve un pájaro encantado que toca a la ventana y dice con voz de mujer:

- ¡Coméis, bebéis y os alegráis, pero en la hija del emperador Rojo ni pensáis!

Entonces, de repente, a todos los comensales se les fueron las ganas y empezaron a hablar cada uno lo que sabía y como lo entendía: algunos decían que el emperador Rojo, por su corazón malvado, nunca se hartaba de derramar sangre humana; otros decían que su hija era una bruja terrible, y que ella era la causa de tantos sacrificios; otros reforzaban las palabras de los demás, diciendo que ella misma había venido en forma de pájaro a tocar en la ventana, por no dejar ni aquí a la gente en paz. Otros decían que, sea lo que fuere, ese pájaro no era trigo limpio; y que lo tenía que haber mandado alguien sólo para figonear en casas ajenas. Otros, más miedosos, se persignaban, ordenándole que se volviera en contra de quien lo habrá mandado. En fin, unos decían una cosa, otros otra, y muchas se decían sobre la hija del emperador Rojo, pero no se sabía cuántas eran verdades.

Después de escucharlos a todos con gran interés, el Lampiño meneó la cabeza y dijo:

- ¡Mal asunto cuando uno tiene que tratar con hombres que temen hasta a sus sombras! Ustedes, honrados huéspedes, se ve que pierden el tiempo, si no entienden de quién es esta obra.

Y entonces el Lampiño echa una ojeada a Moro-Blanco y, no sé cómo, lo pilla sonriendo.

- Así... ¿¡servo ruin que eres!/? De modo que tú sabías algo sobre esto y no me lo dijiste. Que me traigas ahora mismo a la hija del emperador Rojo, de donde sepas y como sepas. ¡Anda, vete! Y no me falles, ¡que te borro de la faz de la tierra!

Moro-Blanco entonces, preso de amargura, se fue a las cuadras a ver a su caballo y, atusándole la crin y besándolo, dice:

- Mi querido compañero, ¡en gran apuro me metió otra vez el Lampiño! Ahora urdió otra: le tengo que traer a la hija del emperador Rojo de donde yo sepa. Esto es justo como ese dicho: “A la mesa me senté, y aunque no comí, escoté”. Se ve que tengo al huerco en la puerta. ¡Quién sabe qué más me podría pasar! Con el Lampiño me las he apañado, mal que bien, hasta ahora. Pero con el hombre rojo, no sé yo, te digo, lo que voy a durar. Y luego, ¡dónde estarán ese emperador Rojo y su hija, de la que dicen que sería una bruja terrible, sólo Pedro Botero lo sabrá! Parece que me persigue el diablo, ¡no acabo de salir de una que caigo en otra! Se ve que me parió mi madre en mala hora, o no sé qué más decir, por no pecar delante del Señor. Entiendo yo muy bien qué tendría

que hacer para acabar de una vez con todo esto. Pero me he acostumbrado a arrastrar esta vida miserable. Como dicen: “Que no te dé Dios todo lo que puedas llevar”.

- Amo, dijo entonces el caballo relinchando con afán, ¡no te quejes tanto! Que después de la tormenta vendrá la calma algún día. Si la gente se quitase la vida por cualquier cosa, como piensas tú, no habría más que muertos por todas partes... ¡No estés tan ansioso! ¿Cómo sabes que no se te arreglarán las cosas? El hombre debe luchar lo mejor que pueda contra los reveses de la vida, porque hay un dicho: “Logras en un momento más que en un año entero”. Que con vida y con suerte, a todo le haces frente y sales sano y salvo de todo. Como dice la canción:

Páreme, madre, con suerte
Y me manda a la muerte.

Confía en mí, amo, que sé yo por donde llevarte al emperador Rojo: una vez me llevaron por allí mis pecados, con tu padre en su juventud. Anda, monta en mí y agárrate bien, que ahora mostraré mis poderes desde aquí mismo, a pesar del Lampiño, para meterle veneno en el corazón.

Entonces Moro-Blanco monta, y el caballo, relinchando una vez con fuerza, vuela con él:

Hasta el cielo alto,
La bóveda de cobalto;

luego coge camino:

De la nube al sol brillante,
Entre luna y luceros,
Estrellas de diamante.

Y después, al rato, empieza a bajar suave como el viento, y caminando en tierra firme, se marchan a su suerte, que Dios nos haga fuertes, que la historia se enreda, y de ella mucho queda.

Pero vamos a ver ¿qué pasó en el banquete después de la salida de Moro-Blanco?

- ¡Caray! dijo el Lampiño en sí, temblando de rabia: no supe yo qué bicho eras, ¡qué hace tiempo te habría mandado al hoyo!... Pero viviendo y no muriendo, ¡te lo pagaré yo, hermano!... Este alfanje te lo hará saber... ¿Eh, ahora lo veis, tío y honrados huéspedes, cómo cría uno cuervos, para que luego le saquen los ojos? Si yo también soy un hijo de diablo, ¡y aun así me engañó Moro-Blanco! Bien dijo quien dijo: “Que donde está más fuerte la muralla, allí lleva el diablo la batalla”.

En fin, el emperador, sus hijas y todos los huéspedes quedaron de piedra, el Lampiño, sin dejar de refunfuñar, no sabía cómo esconder su odio, cuanto a Moro-Blanco, pensando en qué más le podría pasar, seguía adelante por sitios deshabitados y difíciles de cruzar.

Y cuando fue a atravesar un puente, mira por dónde una boda de hormigas cruzaba el puente al mismo tiempo. ¿Qué podía hacer Moro-Blanco? Se queda él un rato meditando en sí: “De pasar por encima de ellas, mataría un montón; de vadear, me temo que me ahogaré, con caballo y todo. Pero aun así, es mejor vadear, como Dios quiera, antes que quitar la vida de tantas criaturas inocentes”. Y rezando a Dios, se tira al agua con el caballo, cruza nadando hasta la otra orilla, sin peligro ninguno y luego sigue su camino adelante. Y como iba él caminando, mira que se le aparece una hormiga voladora y le dice:

- Moro-Blanco, porque eres tan bueno y nos perdonaste la vida, mientras cruzábamos el puente, y no nos estropeaste la alegría, yo también quiero hacerte un favor: toma esta ala, y si alguna vez te hiciera falta, enciende el ala que entonces yo con todo mi pueblo vendremos a ayudarte.

Moro-Blanco, guardando el ala con cuidado, le agradece a la hormiga la ayuda prometida y luego sigue adelante.

Y camina él otro rato, cuando de repente oye un zumbido sordo. Mira a la derecha, no ve nada; mira a la izquierda, nada y menos; mas cuando mira hacia arriba, ¿qué ve? Un enjambre de abejas daba vueltas volando por encima de su cabeza y se movían como locas de un lado para otro, sin tener donde posarse. Viéndolas así, a Moro-Blanco se le parte el alma de pena y, quitándose el sombrero lo deja abajo en la hierba, boca arriba, y luego se aparta. Entonces, fiesta de abejas; bajan todas y se apiñan en el sombrero. Muy contento con esto, Moro-Blanco busca por todas partes y no para hasta encontrar un tronco podrido, lo ahueca como puede y le hace piqueta; después mete en él unos palitos, lo frota por dentro con albahaca, con mielga, con melisa turca, con hierba gatera y con otras hierbas perfumadas y beneficiosas para las abejas y luego, cargándolo a cuestas, se lo lleva cerca del enjambre, vierte con cuidado las abejas del sombrero al tronco, lo vuelve despacio boca abajo, le echa encima unas hojas de petasita, para que no le entren el sol y la lluvia, y dejándolo allí en el campo, entre flores, prosigue por su camino.

Y como iba él así, contento en su corazón por su obra, mira que le aparece delante la reina de las abejas, diciéndole:

- Moro-Blanco, porque eres tan bueno y te esforzaste en hacernos un hogar, yo también quiero hacerte un favor alguna vez en mi vida: toma esta ala y, cuando te haga falta, enciéndela, y yo enseguida vendré a socorrerte.

Moro-Blanco, cogiendo el ala con alegría, la guarda con cuidado; luego, agradeciéndole a la reina la ayuda prometida, parte, siguiendo su camino adelante.

Camina él otro rato cuando, en la linde de un bosque, ve de repente una alimaña de hombre que se achicharraba al lado de un fuego de veinticuatro cargas de leña al tiempo que gritaba, a más no poder, que se moría de frío. Y es más, ese hombre era algo espantoso; tenía unas orejas salidas y unos labios gruesos y morrudos. Y cuando soplaba por ellos, el de arriba se le doblaba por encima de la coronilla, mientras el de abajo le colgaba hasta teparle la barriga. Y en cualquier cosa donde llegaba su aliento, se ponía la escarcha de un palmo o más. No había forma de acercarte a él, así temblaba de fuerte, que parecía que el diablo mismo lo zarandeaba. Y si por lo menos temblase él solo, ¿qué más daría? Pero toda alma y toda criatura a la redonda le hacía compañía: el viento gemía como loco, los arboles del bosque sollozaban, las piedras chillaban, las chascas silbaban y los leños del fuego mismos crujían del frío gélido. Cuanto a las ardillas, acurrucadas una encima de otra en los huecos de los arboles, soplaban en puños y lloraban, maldiciendo la hora que las vio nacer. ¿Qué quieres?: un frío que pelaba, y no hay más. A Moro-Blanco, en el rato que se quedó mirando, le salieron carámbanos de la boca y, sin poder contener la risa, dijo con asombro:

- ¡Muchas cosas ve uno en su vida! ¡Eh, diablo!, no te hagas el tonto y dime la verdad, ¿no serás tú Friolón? ¿No dices nada?... Tú tienes que ser, porque el fuego mismo se hiela a tu lado, de lo calentito que estás.

- Ríete, tú, ríe, Moro-Blanco, dijo entonces Friolón tiritando, pero allá donde vayas, nada lograrás sin mí.

- Vente conmigo, si quieres, dijo Moro-Blanco, así entrarás en calor andando, que no es bueno quedarse parado.

Friolón se une entonces a Moro-Blanco y salen juntos. Y caminando ellos un rato, Moro-Blanco ve otra locura aun más grande: un gigantón comía los surcos detrás de 24 arados y al mismo tiempo gritaba a todo pulmón que se moría de hambre.

- Eh, ¿qué luego no te entre la risa? dijo Moro-Blanco. ¡Vaya, vaya! ¡muchas cosas llega a ver uno! Éste parece Hambrón, el hambre, saco sin fondo o Dios sabe que otro acopio puede ser, que ni la tierra lo llena.

- Ríete, tú, ríe, Moro-Blanco, dijo Hambrón, pero allá donde vayáis vosotros, sin mí ningún logro tendréis.

- Si es así, vente con nosotros, dijo Moro-Blanco, ya que no he de llevarte a cuestas.

Hambrón se une entonces a Moro-Blanco y salen los tres juntos. Y caminando ellos otro estadal, de pronto ve Moro-Blanco otra maravilla aun más grande: un esmirriado se había bebido el agua de 24 estanques y un río que movía 500 molinos, nada más, y al mismo tiempo gritaba que se moría de sed.

- Por Dios, ¿qué espanto de hombre es éste ahora? dijo Moro-Blanco. Tremenda panza e insaciable garganta, si no le pueden apagar la sed ni los hontanares de la tierra; ¡vaya pantano que tiene que haber en sus entrañas! Se ve que éste es la ruina de las aguas, el famoso Resecuzo, hijo de la Sequía, nacido bajo el signo del pato y con el don de chupar.

- Ríete, tú, ríe, Moro-Blanco, dijo entonces Resecuzo mientras el agua le brotaba de la nariz y de las orejas, como si fuesen los saetines de un molino, pero allá donde vayáis, sin mí para nada vais.

- Ven con nosotros, si quieres, dijo Moro-Blanco; así dejarás de chapotear en estas aguas, te librarás de la maldición de las ranas y darás tregua a los molinos para que puedan trabajar, que bastante hiciste de las tuyas hasta ahora. ¡Dios mío, vas a criar ranas en las tripas de tanta agua!

Resecuzo se une entonces a Moro-Blanco y salen los cuatro juntos. Caminando ellos un rato, de pronto ve Moro-Blanco otra maravilla aun más maravillosa: un contrahecho con un solo ojo en la frente, tan grande como un plato y cuando lo abría no veía nada; tropezaba ciego con todo lo que encontraba. Mas cuando lo tenía cerrado, tanto de día, como de noche, decía ver hasta las entrañas de la tierra.

- Mira, empezó él a vocear como un lunático, los entes me aparecen acribillados y transparentes como el agua clara; encima de mi cabeza veo cantidad de cosas vistas y no vistas; veo crecer la hierba de la tierra; veo el sol rodar detrás de las colinas, la luna y las estrellas hundidas en el mar; los arboles punta abajo, las reses patas arriba y los hombres andando con la cabeza entre los hombros; y luego veo algo que no le desearía a nadie por no dañarle a la vista: veo unas bocas abiertas atisbándome y no me aclaro por qué estáis tan asombrados, que ¡más asombrosa es vuestra... hermosura!

Moro-Blanco se sobrecoje y dice:

- ¡Dios nos guarde del hombre loco, qué mucha pena da, el pobre! Por un lado se te da por reír, por el otro te da lástima. Pero se ve que Dios así lo hizo. Éste podría ser Ojón, hermano de Ciegote, primo del tío Ojerudo, sobrino de Acechona, del pueblo de Mirona, vecino de Alcanzar. O será de la ciudad de Buscar, cerca de la de Rastrear y nunca jamás hallar. En fin, sólo hay un Ojón en este mundo, que lo ve todo y a todos de otra forma que los demás hombres; aunque su propia hermosura no se la ve. ¡Parece un terrón, barro mogollón, en la frente un ojo, contra el antojo!

- Ríete, tú, ríe, Moro-Blanco, dijo entonces Ojón mirándolo de reojo, pero allá donde vayas, sin mí mal vas a acabar. La hija del emperador Rojo no se consigue así de fácil como piensas. Te la dará su padre cuando San Juan baje el dedo, si no estoy yo allí.

- Ven con nosotros, si quieres, dijo Moro-Blanco, ya que no te hará falta ningún lazarillo.

Ojón se une entonces a Moro-Blanco y salen los cinco juntos. Caminando un rato, ve Moro-Blanco otro engendro aun más feo: un endriago de hombre iba cazando pájaros con el arco. ¿Y creéis que la maestría y el poder de ese hombre sólo estaban en su arco? ¡Ni hablar! Tenía otra maña aun más estremecedora y un poder más grande que el del diablo: cuando quería se ensanchaba hasta rodear la tierra con los brazos. Y otras veces se afinaba y se alargaba hasta tocar la luna, las estrellas o el sol con la mano y más aún. Y cuando acaecía que no atinaba los pájaros con la flecha, tampoco se le escapaban; los cogía a mano en vuelo, les torcía el cuello con rabia y luego se los zampaba así crudos, sin desplumar. En ese momento mismo tenía delante un montón de pájaros y los devoraba como un buitre hambriento. Moro-Blanco, asombrado, dijo:

- ¡Caray! Y éste, ¿cómo se llamará?

- ¡Dímelo que te lo diga!, le contestó entonces Ojón sonriendo burlón.

- ¿Quién sabrá nombrar a éste? Si le llamas Pajarraco... no te equivocas; si le llamas Anchote... menos aún; si le llamas Larguirucho... tampoco; llamarle Pajar-Ancho-Largo me parece el nombre cabal por sus hábitos y mañas, dijo Moro-Blanco, sintiendo pena por los pobres pájaros. Se ve que éste es el famoso Pajar-Ancho-Largo, hijo del sagitario y nieto del arquero; el ceñidor de la tierra y la escalera del cielo; la peste de las aves y el espanto de la gente, que no le puedo decir de otra forma.

- Ríete tú de mí, ríe, Moro-Blanco, dijo entonces Pajar-Ancho-Largo, pero mejor ríete de ti mismo, que no sabes qué te espera. ¿Piensas que la hija del emperador Rojo se consigue besando el santo? Quizá no sepas que arpía es ésa, cuando ella quiere se transforma en pájaro encantado, te enseña la cola y ¡síguela si puedes! Si no tienes a uno como yo, hacéis el camino en balde.

- Vente con nosotros, si quieres, dijo entonces Moro-Blanco; así podrás llevar a Friolón por debajo del sol, a ver si se calienta un poquito y deja de castañetear los dientes como una garza vieja, que me entra frío cuando lo veo así.

Pajar-Largo-Ancho se une entonces a Moro-Blanco y salen los seis juntos. Y por donde pasaban, arrasaban: Friolón talaba y quemaba los bosques. Hambión comía barro y tierra mezclada con arcilla mientras gritaba que se moría de hambre. Resecuzo sorbía el agua de todas las charcas y los estanques, que se quedaban los peces retorciéndose en tierra seca y gritaba la serpiente en la boca de la rana por la sequía que dejaba atrás. Ojón las veía todas como el mismísimo diablo, y te quedabas helado cuando lo oías:

Que una,
Que otra,
Que así
Y que asá.

Es decir, manías de las suyas, que los estaba poniendo locos con su cháchara.

Por fin Pajar-Ancho-Largo atrapaba los pájaros y, desplumados o no, se los zampaba, hasta que dejaba los corrales vacíos.

Sólo Moro-Blanco no causaba ningún daño. Pero, como compañero de estos, era parte de todo: sea pérdidas, sea ganancias, y se mostraba amistoso con todos ellos, porque le hacían falta en su viaje hacia el emperador Rojo, del que decían que era un hombre huraño y malvado: no tenía piedad de nada y de nadie. Como dicen: “Al hombre sin piedad, enemigo sin ley”. Y pienso yo que de los cinco pringados que lleva consigo Moro-Blanco, uno logrará ganarle; a pillo, pillo y medio, ¡ahora encontrará el emperador Rojo rival a su medida! Pero luego digo otra vez: ¿quién sabe que nos traerá el día de mañana? Este mundo está loco, os lo digo a sabiendas, pocos suben, muchos

bajan, uno lleva las riendas. Y ese uno lleva el pan y el cuchillo y corta por donde quiere y cuanto le da la gana, tú sólo miras y no puedes hacer nada. Como dicen: “El hombre propone y Dios dispone”. Así Moro-Blanco con los suyos; quizá consigan llevarse a la hija del emperador Rojo, quizá no, pero por ahora siguen su camino y luego, como Dios quiera. ¿A mí qué más me da? Yo estoy aquí para contaros la historia y os pido que me escuchéis.

Bueno, caminan y caminan Moro-Blanco y los suyos, y al cabo de mucho tiempo, llegan al imperio, en busca de su suerte, que Dios nos haga fuertes, que la historia se enreda, y de ella mucho queda. Y nada más llegar, irrumpen los seis en el patio del palacio, Moro-Blanco delante y los demás atrás, uno más guapo que otro, y harapientos que les colgaban los trapos, se les soltaban las botas y parecían la hueste de Belcebú. Sin tardar, Moro-Blanco se presenta delante del emperador y le cuenta de dónde, cómo, quién y para qué viene. El emperador se asombró viendo que unos rufianes se atrevían a pedirle la mano de su hija sin tener vergüenza ninguna, sea para quien sea. Pero, como no quería quitarles las ganas, no les dice ni que sí, ni que no, sino les responde que se quedasen allí esa noche, y hasta la madrugada se lo pensaría... Y por otra parte, en seguida llama el emperador en secreto a un criado devoto y da orden que se los lleven a la casa de cobre candente, para dormir allí el sueño eterno, como les había pasado a otros pretendientes mejores.

El criado del emperador corre entonces y enciende el fuego debajo de la casa de cobre, echándole 24 cargas de leña, hasta que se pone roja como las llamas. Luego, al anochecer, viene e invita a los huéspedes a dormir. Friolón, como era encantado, llama a sus compañeros a un lado y les dice en voz baja:

- Chis, que no os empuje Pedro Botero a entrar antes que yo allí donde nos lleve el criado de este bandido rojo, que no llegaréis al día de mañana. Uno sólo es el emperador Rojo, famoso en estas tierras por su bondad nunca vista y por su misericordia nunca oída. Me lo conozco yo, sé lo hospitalario que es y lo generoso en repartir palos. ¡Ojalá no lo tenga que esperar mucho el diablo! y ¡qué viva tres días contando desde anteayer! Y luego su hija; hecha por el demonio a la imagen del padre, o peor. Como dicen: “De tal palo, tal astilla”. Pero conmigo encontraron la horma de sus zapatos. Esta noche los apañaré yo, ¡qué ni el diablo y su madre lo harían mejor!

- Igual pienso yo, dijo Hambrón; el emperador Rojo se ha metido con quién no debía y saldrá mal parado.

- Nos tendrá que pagar para marcharnos, dijo Ojón.

- ¡Escuchad, vosotros! dijo Friolón: “La mucha conversación es causa de perdición”. Mejor vámonos a la cama, que nos está esperando el criado del emperador con la mesa puesta, las antorchas encendidas y los brazos abiertos. ¡Vamos! Aguzad los dientes y seguidme.

Y en seguida se van todos, ¡plaf, plaf, plaf! Llegando en el umbral de la puerta, se paran un periquete. Entonces Friolón sopla tres veces con su morrito mañoso y la casa se queda templadita, como mejor está para dormir en ella. Luego pasan todos dentro, se tumba cada uno por donde pilla y ¡a callar! Cuanto al criado del emperador, ése cierra deprisa la puerta por fuera y les dice con maldad:

- Ya os tengo bien apañados. Ahora dormid, ¡ojalá durmierais el sueño eterno, que os he preparado el lecho! Hasta mañana por la mañana os quedaréis hechos cenizas.

Luego los deja allí y se marcha a lo suyo. Pero a Moro-Blanco y a sus compañeros los tenía sin cuidado; como entraron en calor, en seguida se relajaron y empezaron a estirarse y a tomarse el pelo el uno al otro, olvidándose de la hija del emperador Rojo.

Hasta Friolón disfrutaba del calorcito tanto... que le tiritaban los dientes y las rodillas. Y no dejaba de reñirles a los demás, diciendo:

- Por culpa vuestra enfrié la casa; que a mí me valía tal y como estaba. Esto me pasa por juntarme con unos blandengues. ¡La próxima vez os vais a enterar! ¡Vaya plan! Vosotros a disfrutar y a gozar del calor, mientras yo me hielo. ¡Bu...en trabajo! Cambié mi bienestar por el de unos don nadie. ¡Qué ahora os sacudo el polvo a todos; ya que no puedo yo descansar, que no descansen nadie!

- ¡Cállate la boca, Friolón! dijeron los demás. Casi amanece y tú no paras de darle a la lengua. ¡Vaya bicharraco! Basta ya de comernos el coco. Al que quiera juntarse contigo, malos tiempos le esperan. Que a nosotros nos tienes hartos. No podemos ni pegar ojo por tu culpa, hablas hasta por los codos. No se escucha más que tu voz. Y siempre regañándonos por tonterías, que pareces chalado. Compadre, tú sólo vales para vivir en el bosque, con los lobos y con los osos, no en palacios imperiales junto con gente bien.

- Vamos a ver, ¿desde cuándo os habéis apoderado vosotros de mí? dijo Friolón. ¿Qué, me estáis tomando por tonto?, pues tengo yo buen rato para vuestro gato. Yo soy bueno hasta que me sacan de quicio, luego ni agua.

- ¿De verdad, Boquita? Vaya valiente estás hecho; cuando te enfadas, echas humo, dijo Hambrón. ¡Cómo te quiero!... Te abrazaría, pero tropiezo con las orejas... Mejor cierra el pico y duérmete; no por otra cosa, sino porque no estás tú solo en esta casa y podrías arrepentirte luego.

- ¡Ah, sí! “Comida acabada, amistad terminada”, dijo Friolón. Esto me merezco y más, por no haberos dejado entrar aquí antes que yo. ¡Maldito sea el que os vuelva a ayudar!

- Tienes toda la razón, Friolón, y no te la dan, dijo Ojón. Pero con tus mentiras se nos pasa la noche y no llegamos a pegar ojo. ¿Qué dirías tú si alguien te estropeara el sueño? Da gracias al Señor de haberte juntado con buena gente, que si fueran otros ya te habrían dado lo merecido.

- ¿Queréis callar? Que ahora mismo saco las patas por las paredes y arranco el tejado con la cabeza, dijo Pajar-Ancho-Largo. Parecéis endemoniados, que ni el mismísimo Satanás os puede callar. Tú, Morrito, me parece que eres la causa de todo este ajeteo.

- ¡Claro que sí! dijo Ojón. Y tiene suerte con nosotros, hasta que nos salte la cuerda.

- Está pidiendo ostias y mantecados con jarabe de palo, dijo Resecuzo, que de otra forma no se puede uno librar de tal peleón.

Viendo Friolón que se le ponen en contra, se cabrea y echa en las paredes una escarcha de las buenas, de tres palmos de ancha, que empezaron todos a tiritar.

- ¡Toma! y me quedo tan ancho como pancho. Ahora podéis decir lo que os dé la gana, que no me enfado, dijo Friolón riéndose a carcajadas. ¿Qué? ¿No es para reírse?... Moro-Blanco me da pena, eso sí. Pero vosotros, majaderos y melindrosos, ¡si tuviera un penique por cada vez que habréis dormido sobre lechos de juncos y jergones de paja, no me haría falta más riqueza! ¿O pensáis, vástagos de mala calaña, que seréis de alguna estirpe de hidalgos?

- ¿Otra vez buscando pelea, Morrito? dijeron los demás. ¡Llévese el diablo a toda tu alcurnia, hasta que no quedéis ninguno!

- Me inclino ante vuestras honradas presencias, como ante el bosque verde, con una bota de vino y otra de veneno, dijo Friolón. Vamos ahora a dormir, y mañana a madrugar, nuestras fuerzas a juntar, a Moro-Blanco a servir, como amigos a seguir; que las riñas y rencores son del diablo labores.

En fin, entre tantas habladurías y otras cuantas, amanece... Entonces, el criado del emperador, pensando que ya se habrán librado de esos huéspedes, viene a barrer las cenizas, como de costumbre. Y cuando llega, ¿qué ve? La casa de cobre, ardiente al anochecer, estaba ahora hecha un bloque de hielo y no se le distinguían ni puerta, ni jambas, ni rejillas, ni postigos en las ventanas, ni nada de nada; y desde dentro se escuchaba un alboroto tremendo; todos golpeaban la puerta y gritaban como locos diciendo:

- No sabemos qué emperador es éste, que nos deja sin migaja de fuego en el hogar, a helarnos aquí... Tal escasez de leña no se ha visto ni en la choza más pobre. ¡Ay, qué pena, que se nos ha helado la lengua en la boca y los huesos hasta el tuétano!...

El criado del emperador, escuchando todo esto, por un lado se asustó, y por otro lado, se llenó de rabia. Intenta abrir la puerta y no puede; intenta arrancarla, y nada. Luego ¿qué iba a hacer? Corre y avisa al emperador de lo que había pasado. Entonces viene el emperador con un montón de gente, con picos afilados y calderas de agua tibia; y unos picaban el hielo, otros tiraban agua a los goznes y a las cerraduras, y a duras penas lograron abrir las puertas y sacar a los huéspedes. Y cuando los sacaron, ¿qué me dices? Tenían todos el pelo, las barbas y los bigotes cubiertos de escarcha, que no se conocía si eran hombres, demonios u otros engendros. Y tanto temblaban, que les castañeaban los dientes. Sobre todo Friolón parecía zarandeado por el diablo y de las caras que ponía, y como se le torcía la boquita, se asustó el emperador.

Entonces Moro-Blanco, dando un paso adelante, se presenta ante el emperador y le dice con cortesía:

- Majestad, su alteza, el sobrino del poderoso Verde-emperador, me estará esperando con anhelo. Ahora creo que me daréis a la doncella, para que nos marchemos y os dejemos tranquilos.

- Vale, caballero, dijo el emperador, mirándolos de reojo; ya llegará la hora... Pero por ahora, venid a comer algo, para que no podáis decir luego que os habéis marchado de mi casa como de un yermo.

- ¡Qué santa palabra acabáis de decir, majestad! dijo entonces Hambrón, que nos suenan las tripas de hambre.

- Y si nos podríais dar también algo para mojar la garganta, majestad, dijo Resecuzo, que la tenemos quemada.

- No os preocupéis, dijo Ojón, pestañeando sin parar, que su majestad sabe que nos hace falta.

- Eso lo creo yo también, dijo Pajar-Ancho-Largo; ya que estamos en casa de un emperador, no temáis, velará su majestad a que no pasemos ni frío, ni hambre, ni sed.

- Esto ya se verá, dijo Friolón tiritando que daba miedo. ¿No sabéis que su majestad es el amparo de los hambrientos y de los sedientos? Mucho me alegro de poder calentarme un poco bebiendo la sangre del Señor.

- ¡Callaos ya de una vez! dijo Hambrón. Al buen entendedor, pocas palabras. No mareéis a su majestad, que sabe él mejor. Para unos pobrecitos como nosotros, es difícil hacer estas cosas, pero en un palacio, meaja en capilla de fraile; ni se notan.

- Por mi parte, comer es perder el tiempo; la bebida es la base, dijo Resecuzo; y agradecería a su majestad, ya que por lo visto nos invita a comer, que nos traiga cuanto más de chupar, que de allí salen el valor y la osadía. Como dicen: "Levantad las copas, que se levanten los ánimos". Pero me parece que nosotros aquí hablando y hablando, y su majestad nos estará esperando.

- Bueno, si nos trajera ya lo que nos trajese, dijo Hambrón, que se me encoge el vientre de hambre.

- No os pongáis tan ansiosos, dijo Ojón, que no tenéis ratas en el vientre. Ahora mismo se os traerán comida y vino, preparaos la tripa.

- En seguida se os van a traer manjares y bebidas, dijo el emperador, a ver si podéis con todo; que si no sois buenos comedores y bebedores, la liais conmigo, ¡en serio os lo digo!

- Si no hubiese otro disgusto más que éste, majestad, dijo entonces Hambrón encogido de hambre.

- Y si os diera Dios el buen pensamiento y largueza para traernos cuanta más vianda y bebida, dijo Resecuzo, con la boca echando agua, que al comer y beber no hay nadie que nos gane, sólo a trabajar no nos apresuramos.

A todo esto el emperador no decía nada, y los escuchaba a disgusto, tragando nudos. Pero en sí: “¡Bueno, bueno! Escupid vosotros al cielo, que en cabeza os caerá. Todo se volverá contra vosotros”. Luego los deja allí y entra en casa.

En fin, en poco tiempo les traen 12 carros de pan, 12 vacas asadas y 12 barriles de vino del bueno, del que al beberlo te tambaleas, te brillan los ojos, se te traba la lengua y empiezas a hablar turco sin saber palabra. Hambrón y Resecuzo les dijeron entonces a los demás:

- Comed y bebed vosotros primeros todo lo que podáis, ¡pero que no acabéis con todo si queréis seguir con vida!

Por lo tanto, Moro-Blanco, Friolón, Ojón y Pajar-Ancho-Largo se ponen a comer y a beber lo que quieran. ¿Pero, qué va?, ni se notaba que habían comido y bebido; había allí comida y bebida como para un ejército.

- Anda, apartaos pringados, que no hacéis más que picotear, dijeron entonces Hambrón y Resecuzo quienes estaban esperando con anhelo, muertos de hambre y de sed.

Entonces se pone Hambrón a embucharse por la garganta un carro de pan y una vaca entera de un bocado, y los zampaba y los tragaba como si nada. Cuanto a Resecuzo, abriendo el fondo del barril, ¡glup! lo secaba de un sorbo; y deprisa y corriendo los vació todos, uno a uno, hasta que no quedó ni gota de vino en las dueñas.

Después de todo esto, Hambrón empezó a gritar a todo pulmón que se moría de hambre y a tirarles huesos a los criados del emperador allí presentes.

Y Resecuzo gritaba él también que se moría de sed y tiraba listones y fondos de barriles a todas partes, como loco.

Sintiendo el ruido desde sus aposentos, el emperador sale al patio y cuando los ve empieza a tirarse de los pelos de rabia.

- ¡Madre mía! Estos son un castigo de Dios para arruinarme, dijo el emperador en sí, lleno de amargura. Mucho me parece que di con la horma de mi zapato.

En esto, Moro-Blanco da un paso al frente y otra vez se presenta ante el emperador, diciendo:

- ¡Larga vida a vos, majestad! Ahora pienso que me daréis a la doncella, para que os dejemos tranquilos y que nos marchemos, que el sobrino del emperador Verde nos estará esperando con anhelo.

- Ya llegará la hora, caballero, dijo el emperador con la boca chica. Pero antes, tened un poquito de paciencia, que mi hija no es de aquellas que se consiguen así, como sea. Vamos a ver. Es verdad que habéis comido y bebido cada uno como diecisiete. Ahora tendréis que hacer algo de trabajo: mirad, os daré una fanega de semillas de amapola, mezclada con una fanega de arena fina; y hasta mañana por la mañana me tenéis que separar las semillas de un lado, una a una, y la arena de otro lado; no quiero ver ni rastro de semilla entre la arena o de arena entre las semillas de amapola, que rompemos las amistades. Si conseguís llevar a buen cabo este trabajillo, ya

hablaremos... Que si no, con las cabezas pagaréis vuestra osadía ante mí y así vuestra desgracia servirá de lección para otros.

Y marchándose el emperador a sus asuntos, los dejó que se las arreglaran como supieran.

Moro-Blanco y los suyos empezaron a encogerse de hombros, sin saber qué hacer.

- ¿Qué, os parece broma? ¿Cómo vamos a perder el tiempo con nimiedades de éstas? ¡Vaya hombre arisco, el emperador Rojo! dijo entonces Ojón. Yo, a decir verdad, distingo muy bien las semillas de amapola entre los granos de arena. Pero haría falta rapidez y boca de hormiga para poder agarrar, elegir y separar unas naderías como éstas, en tan poco tiempo. Bien dijo quien dijo que hay que alejarse del hombre rojo, que tiene al diablo en el cuerpo, ahora me doy cuenta.

Moro-Blanco se acuerda entonces del ala de hormiga, la saca de donde la tenía guardada, golpea el pedernal y le prende fuego con un trozo de yesca. Y al rato, ¡milagro! De pronto empiezan a fluir las hormigas a punta pala, mares y mares de hormigas, algunas por debajo de la tierra, otras por encima y otras volando, que no se acababan. Y en un tris separaron la arena de un lado y las semillas de otro lado; por lo mucho que te esforzaras no podías encontrar ni rastro de amapolas entre la arena, ni grano de arena entre las amapolas. Luego, al amanecer, cuando está el sueño más dulce, que hasta la tierra duerme bajo uno, un mogollón de hormiguitas de las más pequeñas se colaron en el palacio y se pusieron a pinchar al emperador mientras dormía, hasta que lo dejaron frito. El escozor lo despertó antes del alba, y no hubo manera de quedarse en la cama hasta el mediodía, sin molestia ninguna, como tenía por costumbre. Y nada más levantarse, empezó a rebuscar entre las sábanas, a ver que podía ser. Pero no encontró nada de nada, porque las hormigas se habían esfumado; se habían escabullido como si no existieran.

- ¡Hala, mira qué manchas me salieron! Algo tenía que haber, digo yo. Pero, ¿quién sabe?... A lo mejor me falla la vista, o habrá cambiado el tiempo, dijo el emperador; alguna cosa así tiene que ser. Por ahora, vamos a ver si esos pringosos que me están volviendo loco para que les diera a mi hija habrán separado las semillas de amapola de la arena.

Cuando se acerca el emperador y ve lo bien que habían cumplido con su orden, se llena de alegría... Y, como no podía ponerles ninguna traba, se queda pensando.

Entonces Moro-Blanco otra vez da un paso al frente y se presenta ante el emperador diciendo:

- Altísima majestad, ahora pienso que nos daréis a la doncella, para que os dejemos tranquilos y que volvamos a nuestra casa.

- Ya llegará la hora, caballero, dijo el emperador entre dientes, pero hasta entonces os queda todavía trabajo; mirad que tenéis que hacer: mi hija se acostará esta noche donde siempre, y vosotros la habéis de vigilar durante toda la noche. Y si mañana por la mañana sigue allí, quizá te la dé; pero si no, tu castigo será sin par... ¿Me has entendido?

- Alto y claro, majestad, respondió Moro-Blanco, sólo si no habría mucho retraso, porque mi amo me estará esperando y su ira caerá sobre mi cabeza por haber tardado.

- Tu amo es tu amo, y lo que te haga él es cosa suya, dijo el emperador mirándolos de soslayo. Aunque os desollara las cabezas, ¿qué más me da? Pero a mí no me falléis: vigilad a mi hija como a las niñas de vuestros ojos, si os gusta la vida; que si no, por lo astutos que seáis, acabaréis mal parados.

Después de todo esto, el rey los deja confundidos y se marcha a lo suyo.

- Aquí debe haber gato encerrado, dijo Friolón, meneando la cabeza.

- Y de los grandes, terror de la noche y flecha que vuela del día, respondió Ojón. Pero no podrá él campar a sus anchas, digo yo.

Por fin, en cuatro palabras, cae la noche, la doncella se acuesta y Moro-Blanco monta guardia en su misma puerta, mientras que los demás se colocan en fila, uno a uno, hasta la entrada, según les había ordenado.

Sobre la medianoche, la hija del emperador se transforma en pájaro y pasa desapercibida de los cinco primeros. Pero llegando donde hacía guardia Ojón, éste, el pobre, la descubre y avisa a Pajar-Ancho, diciendo:

- ¡Ey!, la hijita del rey nos la jugó. ¡Vaya demonio de niña! Se transformó en pájaro, voló como una flecha por delante de los otros y ellos ni se enteraron. Luego, ¿qué? Confía en ellos si quieres quedarte sin cabeza. De ahora en adelante, nadie más que nosotros dos la podemos encontrar y volverla a su sitio. Guarda silencio y vamos a por ella. Yo te enseñaré dónde se esconde, y tú atrápala como sólo tú sabes, y tuercele un poquito el cuellecito, para que aprenda a engañar a la gente.

En seguida se marchan tras ella, y no andan mucho cuando Ojón ya dice:

- Mírala, Pajar-Ancho, mira, allá detrás de la tierra, agachada tras la sombra del conejo; ¡agárrala y no la sueltes!

Pajar-Ancho se ensancha todo lo que puede, empieza a tentar entre la maleza y, cuando está a punto de atraparla, ¡fiuuu! hasta la cima de una montaña y se esconde detrás de una roca.

- Mírala allí, en la cima de la montaña, detrás de esa roca, dijo Ojón.

Pajar-Ancho entonces se alza un poco y empieza a hurgar detrás de las rocas; mas cuando está a punto de atraparla, ¡fiuuu! otra vez y se esconde justo detrás de la luna.

- Mírala, Pajar-Ancho, mira allá, detrás de la luna, dijo Ojón; ojalá pudiera agarrarla yo para darle un repaso.

Entonces Pajar-Ancho se estira todo lo que puede y se alza hasta la luna. Luego, rodeando la luna con los brazos, atina el pajarillo, lo agarra por la cola y casi le tuerce el cuello. Éste en seguida se transforma en doncella y grita asustada:

- ¡Perdóname la vida, Pajar-Ancho, que te otorgaré honores y regalos reales, para que puedas disfrutar!

- A punto estuviste de otorgarnos honores y regalos reales, si no te viera yo cuando te largaste, ¡bruja que eres! dijo Ojón. Ya sé que nos pegamos buena paliza buscándote. Anda, mejor vete a la cama, que está rompiendo el alba. Y luego, sea lo que Dios quiera.

La cogen cada uno de un brazo y ¡tac-tac, tac-tac! al amanecer llegan al palacio y, colándose con ella entre los guardianes, la obligan a volver en su alcoba por donde había salido.

- Eh, Moro-Blanco, dijo entonces Ojón, si no fuera por mí y por Pajar-Ancho, ¿qué hubierais hecho? Ya ves como cada hombre tiene sus dones y sus borrones, pero cuando sobran los dones, no se notan los borrones. Mal ibais acabando sin nosotros vigilando. ¡Y con vuestras custodias, aquí se nos acababan los días!

Moro-Blanco y los demás, sin poder decir nada, agachan la cabeza avergonzados y les agradecen a Pajar-Ancho y al valiente Ojón por su cuidado.

En esto, mira que viene el emperador rugiendo como un león, a comprobar qué tal está su hija, y cuando la encuentra bien vigilada, no como pensaba él, le brillaban los ojos de rabia, pero no pudo hacer nada.

Entonces Moro-Blanco se presenta otra vez ante el emperador, diciendo:

- Altísima majestad, pienso que ahora ya me daréis a la doncella, para que os dejemos tranquilos y que nos marchemos a lo nuestro.

- Bueno, caballero, dijo el emperador malhumorado; ya llegará la hora. Pero yo tengo otra hija, prohijada, de la misma edad que mi hija; y no hay diferencia ninguna entre ellas, ni de belleza, ni de estatura, ni de porte. Ven, y si reconoces a la mía de verdad, llévatela y marchaos de mi casa, que me tenéis frito desde que llegasteis. Venga, que me voy a prepararlas, dijo el emperador. Tú sígueme, y si la adivinas, bien por ti. Pero si no, ¡coged vuestros hatos y largaos de mi casa, que no os puedo ver!

Se fue el emperador y pidió que peinaran y vistieran igual a las dos doncellas, luego dio orden a Moro-Blanco que viniera a adivinar cuál era su verdadera hija.

Moro-Blanco, viéndose en apuro, no sabía qué hacer y cómo arreglárselas por no equivocarse justo ahora, al final. Y parándose a pensar, confundido ante semejante lío, se acuerda del ala de abeja, la saca de donde la tenía guardada, golpea el pedernal y le prende fuego con un trozo de yesca. Y mira que en un tris le aparece delante la reina de las abejas.

- ¿En qué puedo ayudarte, Moro-Blanco? dijo ella, parándose en su hombro. Dime, que estoy lista para servirte.

Entonces Moro-Blanco empieza a contarle todo por menudo y la ruega, en nombre de Dios, que le dé ayuda.

- No tengas miedo, Moro-Blanco, dijo la reina de las abejas; te ayudaré yo a reconocerla entre mil, si hace falta. Venga, entra en casa con coraje, que yo también estaré allí. En cuanto entres, tómate un tiempo a mirar a las doncellas; y a la que veas defendiéndose con el pañuelo, ésa es la hija del emperador.

Moro-Blanco, entonces, entra con la abeja en el hombro a la sala donde estaba el emperador con las doncellas, se queda un rato apartado y empieza a mirarlas a las dos. Y mientras estaba él allí oteando sin moverse, la reina de las abejas vuela y se posa en la mejilla de la hija del emperador. Ella entonces se asusta, empieza a gritar y a defenderse con el pañuelo, como si la atacaran. A Moro-Blanco no le hizo falta más: en seguida se le acerca, la coge de la mano y le dice al emperador:

- Vuestra majestad, ahora pienso que no me pondréis ninguna traba, porque hemos cumplido con todo lo que nos habéis pedido.

- Por mi parte te la puedes llevar ahora mismo, Moro-Blanco, dijo el emperador alterado y amarillo de rabia y de vergüenza; si ella no fue capaz de acabar con vosotros, que seas tú digno de someterla, porque ahora te la doy de todo corazón.

Moro-Blanco le agradece y luego le dice a la doncella:

- Ahora ya nos podemos marchar, que mi amo, su alteza el sobrino del emperador Verde, habrá envejecido esperándome.

- No tengas tanta prisa, valiente, dijo la hija del emperador, y llamando una tórtola le susurró algo al oído y la besó con cariño; no tengas tantas prisas, Moro-Blanco, que te equivocas. Espérate, que yo también he de decirte dos palabras: antes de salir, tu caballo y mi tórtola deben traerme tres tallos de manzano dulce, agua viva y agua muerta de donde se chocan las montañas cabeza con cabeza. ¡Y como vuelva mi tórtola con los tallos y el agua antes que tu caballo, olvídate de mí, que no voy contigo, por nada en el mundo! Pero si tienes suerte y tu caballo vuelve primero con lo que le había pedido, iré contigo donde quieras llevarme; y no hay más.

Y a un tiempo salen la tórtola y el caballo, midiendo sus fuerzas en el vuelo, por arriba o por abajo, según mejor les venía.

Pero la tórtola, siendo más ligera, llega antes; y acechando cuando el sol estaba en el cenit y las montañas descansaban un instante, se desliza más rápida que un rayo, coge tres tallos de manzano dulce, agua viva y agua muerta, y luego como el rayo vuelve. Y llegando al pie de la montaña, le sale delante el caballo, la para y empieza a echarle piropos, diciéndole:

- Tórtola, querida mía, regálame los tres tallos de manzano dulce, el agua viva y el agua muerta, y vuelve tú a coger otros y luego me alcanzas por el camino, porque eres más ágil que yo. Anda, no te lo pienses tanto y dámelos, que es por el bien de mi amo y de tu ama, por mi bien y por el tuyo; y si no me los das, mi amo estará en peligro y nosotros dos mal acabaremos.

La tórtola como que no quería. Pero el caballo no se lo pregunta más veces; se apresura y le quita el agua y los tallos, con permiso, sin permiso, y luego se los lleva corriendo a la hija del emperador y se los entrega delante de Moro-Blanco. Entonces, a Moro-Blanco se le llenó el corazón de alegría.

Viene la tórtola dentro de un rato, pero ¿a qué?

- ¡Ay, taimada que eres! dijo la hija del emperador; pronto me vendiste. Ya que lo hiciste, anda, sal ahora mismo hacia el emperador Verde y avísale que llegaremos pronto.

La tórtola sale sin tardar. Y la hija del emperador se arrodilla delante de su padre y dice:

- ¡Bendíceme, padre, y queda con Dios! Se ve que así estaba escrito y no puedo hacer otra cosa; tengo que marcharme con Moro-Blanco y en paz.

Después de todo esto, coge lo que le hacía falta para el camino, luego monta en otro caballo encantado y espera presta a salir. Y Moro-Blanco, juntando a su gente, monta él también y así salen hacia el imperio, y se marchan a sus suertes, que Dios nos haga fuertes, que la historia se enreda, y de ella mucho queda.

Caminaron y caminaron, día y noche, no sabemos cuánto caminaron; y llegando a un sitio, Friolón, Hambrón y Resecuzo, Pajar-Ancho-Largo y Ojón el encantado, paran todos suspirando, y con gran dolor hablando:

- ¡Ve con Dios, Moro-Blanco! Si fuimos malos, nos perdona, que a veces mala ayuda sirve mejor que ninguna.

Moro-Blanco agradece y se marcha muy contento. La doncella está sonriendo y la luna resplandece. En sus almas aparece... ¿Qué podría ser? ¿Amor? ¡Como sol abrasador que nació de la centella de un ojo encantador!

Y caminan ellos otro rato, y cuanto más caminaban, más aturdido se sentía Moro-Blanco cuando veía a la doncella tan joven, tan bella y tan llena de encanto.

Las lechugas de la Huerta del Oso, la piel y la cabeza del ciervo se las había llevado a su amo sin dudar. Pero a la hija del emperador Rojo no le dejaba el corazón entregársela, que estaba loco por su amor. Ella era flor de rosa en el mes de mayo, bañada en el rocío de la madrugada, acariciada por los primeros rayos del sol, acunada por el soplo del viento y resguardada de la mirada de las mariposas. O, como dirían en mi pueblo, más bella que una estrella; su belleza brillaba más que el sol. Así que Moro-Blanco se derretía por su amor. Verdad que ella también lo miraba de vez en cuando, y sentía como se movía algo en su corazón... una ternura que no sabría nombrar. Como dice la canción:

¡Déjame y no me dejes!
¡Márchate y no te alejes!

o ¿cómo podría decir por no equivocarme? Sólo sé que caminaban sin siquiera ver el camino, y se les hacía corto el viaje y aún más corto el tiempo; el día les parecía una hora, y la hora, un segundo; como suele pasar cuando viaja una con el amor a su lado.

No sabía el pobre Moro-Blanco lo que le estaba esperando en casa, que de saberlo habría perdido las ganas.

Luego, como dice esa canción:

¡Si supiera qué me espera,
Ahora la vuelta diera!

Pero ¿adónde voy yo? Mejor os digo que la tórtola había llegado al emperador Verde y le había avisado que venía Moro-Blanco con la hija del emperador Rojo.

El emperador Verde empezó entonces los preparativos, como para la hija de un emperador, y dio orden de que salieran a recibirlos. Mientras tanto, al Lampiño le rechinaban los dientes y sólo pensaba en la venganza.

En fin, a largo tiempo Moro-Blanco y la hija del emperador llegan al palacio.

Y cuando llegan les salen delante el emperador Verde, sus hijas, el Lampiño y toda la corte a recibirlos. Y cuando ve el Lampiño lo hermosa que es la hija del emperador Rojo, se apresura a bajarla del caballo. Pero la doncella le planta la mano en el pecho, lo empuja a lo lejos y dice:

- ¡Quítate de mi vista, Lampiño! Que no estoy aquí por ti, sino por Moro-Blanco, quien es el verdadero sobrino del emperador Verde.

El emperador Verde y sus hijas se quedaron entonces asombrados por lo que oían. Y el Lampiño, viendo que se le había descubierto el engaño, arremete contra Moro-Blanco como un perro rabioso y le corta la cabeza de un golpe de alfanje diciendo:

- ¡Toma, esto se merece el que rompe su juramento!

Pero el caballo de Moro-Blanco en seguida se abalanza sobre el Lampiño y le dice:

- ¡Hasta aquí, Lampiño!

Y lo agarra por la cabeza, vuela con él en lo alto del cielo y luego, soltándolo, se hace el Lampiño mil pedazos hasta abajo. En todo este embrollo, la hija del emperador Rojo pone de prisa la cabeza de Moro-Blanco a su sitio, la rodea tres veces con los tres tallos de manzano dulce, vierte agua muerta para contener la sangre y pegar la piel, luego lo rocía con agua viva y entonces Moro-Blanco al momento resucita y, frotándose los ojos con la mano, dice suspirando:

- ¡Eh, qué sueño más hondo dormí!

- Habrías dormido tú para rato, Moro-Blanco, si no fuera por mí, dijo la hija del emperador Rojo, besándolo con ternura y devolviéndole el alfanje.

Luego se arrodillan los dos ante el emperador Verde y se juran fidelidad el uno al otro, recibiendo de ese su bendición y el imperio entero.

Y después empieza la boda, ¡alabado sea Dios!

Gentes de todas partes a mirar venían,
El sol y la luna del cielo les sonreían.

Y fueron invitadas a la boda: la Reina de las hormigas, la Reina de las abejas y la Reina de las hadas, ¡maravilla alabada de la isla encantada!

Y luego invitaron a reyes, reinas y emperadores, a otra gente honrada, y a un cuentacuentos de los pobrecillos, sin un duro en los bolsillos. ¡Mucha alegría todos ellos sentían, incluso los pobres comían y bebían!

Duró la fiesta años enteros, y dura todavía; quien pasa por allí bebe y come. Mientras que por aquí, en nuestra tierra, quien tiene dinero bebe y come, mas quien no, mira y se aguanta.